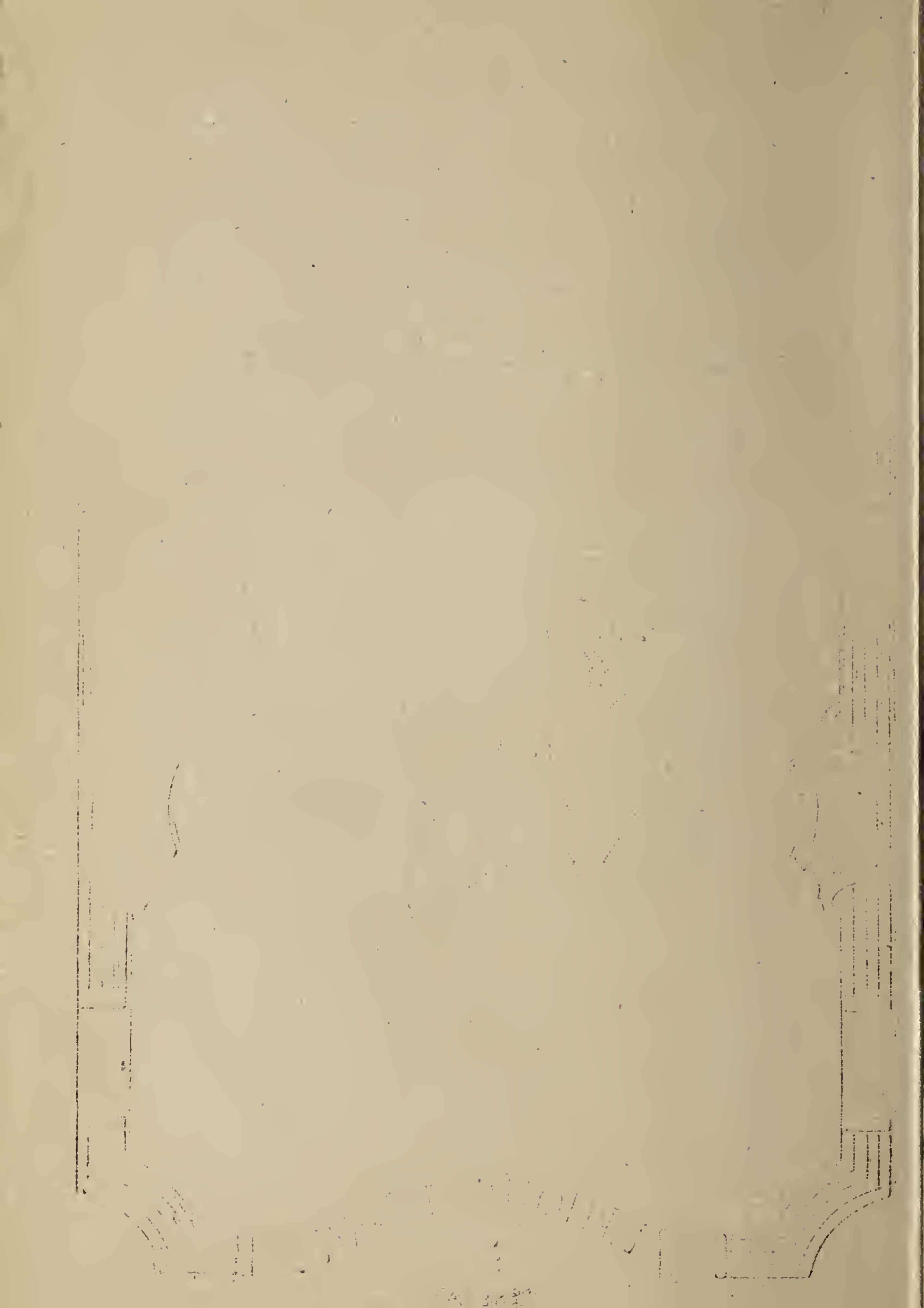
CARLOS ARNICHES y ANTONIO ESTREMERA

DON QUINTIN EL AMARGAO O EL QUE SIEMBRA VIENTOS...





BIBLIOTECA TEATRAL
REVISTA DE OBRAS TEATRALES
Director: BENJAMIN BENTURA
Administración: Avenida de José Antonio, 11.-Teléfono: 22-92-02.-MADRID

Año XI Número 154

Don Quintín el Amargao o El que siembra vientos...

SAINETE EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS EN PROSA, ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES y ANTONIO ESTREMERA

MUSICA DEL MAESTRO
JACINTO GUERRERO

Estrenado en el Teatro de Apolo, de Madrid, la noche del 26 de noviembre de 1924.

"ARBA".-Cicerón, 16. Madrid.

A LUIS ARUEJ

Querido Luis: Treinta y seis años de amistad leal, jamás interrumpida, bien merecen esta dedicatoria, llena de afecto y acompañada de nuestros abrazos.

CARLOS y ANTONIO.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Teresa	Sra. Galindo.
Rosarillo	Srta. Iborra.
Felisa	Girón.
Tía Casi / *Sinfo la Tarara*	Sra. Andrés.
La Castañera	Srta. Albertos.
Ella	Vega (J.).
Emerenciana	Vega (M. L.).
Una Chavalilla	Paso.
Mujer 1.ª	Sra. López (P.).
Una Niña	Niña Vargas.
Niña 1.ª	Anastasio.
Niña 2.ª	Espina.
Una Vieja	Sra. Leó.
La Madre	Isabel.
Don Quintín	Sr. Navarro.
El Angelito	Gallego.
Laureano	Rodríguez.
Paco	Iglesias.
Nicasio / *Leoncio*	Sotillo.
El Sefiní	Ramallo.
Saluqui	Martínez.
Manoli	Bernal.
Carray / *El*	Icabalceta.
Crótido	Guzmán.
Frasquito / *Jazz-band*	Stern.
Fidel	Bayón.

PERSONAJES	ACTORES
Pepe	Iborra.
Fabián .... } *Un Viejo* .... }	Morales.
Segador 1.º .... } *Un Carretero* .... }	Castro.
Guardia 1.º .... } *Hortera 1.º* .... }	Fernández.
Guardia 2.º	Lleó.
Cantador	Corao.
Hortera 2.º .... } *Parroquiano 2.º* .... }	Alfaro.
Un Vecino	Orma.
Parroquiano 1.º	Valle.

Doncellas, vecinas, tanguistas, vecinos, capitalistas, parroquianos y segadores.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Interior de una caseta de peones camineros. Al foro, puerta y dos ventanas, que dan a la carretera. En primer término derecha, una puerta que da a un corralillo, y en el izquierda, dos puertas, la segunda figurada, como de alcobas. En el rincón del foro, izquierda, picos, palas, azadas, capazos y unos cartelillos de Obras Públicas. Entre las dos puertas de la izquierda, una banqueta de pino, y sobre ella un cestillo con avíos para coser. En el centro de la escena, una mesa de pino, sobre la que habrá una botella de vino y vasos. En último término derecha y empotrada en la pared, una alacena, con puertas practicables. Al lado de cada ventana, un botijo y una cubeta con pitorro, llena de agua. Sillas repartidas. En el ángulo del foro derecha, una vara de fresno. Tanto las ventanas como la puerta del foro son practicables y tienen pestillo por la parte de la escena para cerrarlas a su tiempo. Da el sol en la carretera y se divisa el paisaje árido de Castilla.

ESCENA PRIMERA

(Antes de levantarse el telón, se oye la voz de UN CARRETERO, que entona la copla siguiente:)

Carreterita blanca,
la que me lleva

a ver a la que adoro
pasito a paso;
si caminan mis mulas
por carretera,
se van mis pensamientos
por el atajo. (*Se va alejando.*)

(Sigue la música, se alza el telón y atraviesan por la carretera, de izquierda a derecha, primero, rápidamente y haciendo sonar la bocina, un automóvil, y luego, al paso lento de las caballerías, dos carros; bien entendido que por figurar el pretil de la caseta en alto, no se ha de ver de cuanto atraviesa por la carretera más que la parte alta de los carros.)

ESCENA II

NICASIO *y* FIDEL, *por el foro derecha. Luego,* FELISA, *primera derecha; más tarde,* TERESA, *por la izquierda.*

HABLADO

NICASIO.—(*Llega en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro, seguido de Fidel; traen picos y unas esportillas, que dejan con las que hay en escena.*) ¡Tere!... (*Llamando.*) ¡Tere!... ¿Ande s'habrá metío esa arrastrá?

FIDEL.—¡Dios sabe, ese demonio e chica!

NICASIO.—(*Llamando.*) ¡Feli!... Pero, ¡Feli!... ¡Pos mia que la otra!...

FELISA.—(*Apareciendo.*) Padre.

NICASIO.—Pero ¿qué hacías, que llevamos aquí diez menutos?

FELISA. — Estaba sacando un cántaro d'agua d'ahí del pozo, y con el ruido de la roldana pos que no les he sentío a ustés de venir.

NICASIO.—¿Ande s'ha metío esa galocha de la Tere?

FELISA.—Hace na que estaba aquí.

NICASIO.—¡Maldita sea su casta, que de que yo la coja!... (*Llama.*) ¡Tere!

TERESA.—(*Apareciendo.*) Ya va, que no podía salir, que estaba sin matiné y cogiéndome el moño.

NICASIO.—El que te va a coger el moño y te lo va a arrancar, voy a ser yo, ¡so tunanta!

TERESA.—(*Asustada.*) ¡Ay, madre!
NICASIO.—Que vengo con un coraje... ¡Maldita sia!
TERESA.—¿S'ha subío el vino?
NICASIO.—¡Y encima se viene con guasitas! Amos, ¿no es pa coger una tranca y darle en...? (*Va a coger la vara; Fidel pasa a detenerle y Felisa va al lado de Teresa para protegerla.*)
FIDEL.—¡Cálmate, Nicasio!
FELISA.—No empiece usté, padre.
NICASIO.—¡Que no empiece, que no empiece! Pero ¿tú sabes lo que m'ha hecho hoy esta arrastrá?
TERESA.—¿Qué le habré hecho, Dios mío, porque yo tampoco me he enterao?
FELISA.—¿Qué ha sido?
NICASIO.—Pos casi na; que le he dicho que me hiciera la comida con esmero, que me iba a comer con el capataz a la curva del kilómetro diecinueve, que estamos aperaltando la carretera...
TERESA.—(*Con viveza.*) ¿Y no se la he hecho a usté?
NICASIO.—Pero ¿qué m'has hecho?
TERESA. — Pos lo que usté m'ha dicho: unas patatas viudas.
NICASIO.—¡Viudas!... ¡Y destapo la tartera y me encuentro con una cosa toa quemá y negra!
FIDEL.—Que como eran viudas, te las ha puesto de luto.
TERESA.—¡Señor, si es que guiso d'afición!
NICASIO.—De afición a matarle a uno. Que había que ver a todos los que las probaban, diciendo: «¡Qué gusto!... ¡Qué gusto!»
TERESA.—Señor, pos to el que come una cosa y dice qué gusto, es que le satisface.
NICASIO.—¿Estás oyendo esta acémila? ¡Y encima se pitorrea!... ¡Amos, no es pa...!
TERESA.—Si es que usté también quiere que le guise unas patatas y no da aceite, ni carbón, ¡ni patatas! No da más que la orden. ¡Y vaya usté con eso a una fonda, a ver qué le hacen!
NICASIO.—¡Dejar sin comer a un hombre que tie que estar toa la santa mañana trabajando!
TERESA.—(*Como entre dientes.*) Si se le puede llamar trabajo a estar en la cuneta, apoyao en el azadón, fumando pitillos.
NICASIO.—(*Amenazador.*) ¿Qué graznas ahí?
TERESA.—Yo, na.

NICASIO.—(*Mirándola con desprecio.*) ¡Cría cuervos!...

TERESA.—(*Llorando.*) Peor es lo mío, que me los he encontrao criaos.

NICASIO.—¡Y no se callará! (*A Fidel.*) ¿Estás oyendo? ¡Luego dicen que si uno...!

FELISA.—Mira, calla, Tere; que al fin es padre.

TERESA.—Padre tuyo será, que mío no lo es, ¡que bien se conoce!

NICASIO.—Pero como un padre te he tratao siempre.

TERESA.—A la vista está. Es decir, a la vista no está; porque si me se vieran los cardenales... (*Llora.*)

NICASIO.—(*A Felisa.*) Quita; llévatela e delante, porque si no, me ciego y le repito lo de esta mañana.

TERESA.—Como me toque usté, me tiro al pozo.

FELISA.—Amos, mujer, no llores.

TERESA. — ¡No tengo de llorar! (*Con remota amenaza.*) Pero, deje usté; ¡deje usté! (*Vase con Felisa por la izquierda.*)

ESCENA III

NICASIO *y* FIDEL. *Al final,* FABIÁN.

NICASIO.—¡Maldita sia! ¡Aguantar esta maganta sin provecho denguno!

FIDEL.—(*Asombrado.*) Oye, Nicasio: pero ¿qué estoy oyendo? ¿De moo que la Tere no es hija tuya?

NICASIO.—Ni de mi mujer, que en gloria esté.

FIDEL.—Hombre, claro que no siendo tuya, no iba a serlo de tu defunta, no siendo que tu defunta fuese viuda o que tú fueses tonto.

NICASIO.—Cosas ambas que no han sido, a Dios sean dadas.

FIDEL.—(*Con interés.*) Entonces, el estar esta chica en tu poder...

NICASIO. — (*Con cierto misterio.*) Es una cosa novelesca, Fidel.

FIDEL.—¡Atiza!

NICASIO.—Que nunca te he querío contar, porque hasta hace un año he creío que esta criatura, ahí donde la ves, iba a ser pa mí un tesoro escondío; y cuando crees que ties un tesoro, pues te lo reservas. Pero ya me he desengañao, y hoy por hoy, la Tere es pa mí una carga, y las cargas pos ya se

le confían mejor a un amigo. De modo, que si quies que te cuente...

FIDEL.—Sí, hombre, sí; cuenta, cuenta. (*Se sientan a la mesa y beben, sirviendo el vino Fidel.*)

NICASIO.—Pos hará pal Corpus que viene como cosa de veinte años, tendría de esto mi Felisa quince meses escasos, cuando una noche, que llovía si Dios tenía qué, bien m'acuerdo, va mi mujer, que Dios la haiga perdonao, que creo que no, y me dijo, dice: «Nicasio, veas lo que haces, que nos hemos quedao sin vino.» Y como yo, tratándose de vino, nunca m'ha importao el agua, pos agarro el chubasquero y hala que hala, pico p'al ventorro el Aire; y de regreso, cuál no sería mi sorpresa, cuando voy y me encuentro en el hueco de esa ventana un cestito lleno de una cosa que lloraba. Miro, y ¡era una niña!

FIDEL.—¡Rediez!

NICASIO.—Le destapé las mantillas y me encontré con una carta, que leímos llenos de curiosidad mi mujer y yo, y que decía: «Amable y bondadoso peón...»

FIDEL.—¿No te conocían?

NICASIO.—Por las señas, no. «Ahí va eso; mejor dicho, ahí va esa, porque es niña. Todos los meses recibirá usté, si la cría su mujer, que sabemos que puede, ciento veinticinco pesetas; y así se seguirá, pase el tiempo que pase, mientras viva la criatura. Algún día puede que esta chica sea la fortuna de ustedes.»

FIDEL.—¡Mi madre, qué cosa!

NICASIO.—De entonces acá, ni un solo mes me habían faltao las pesetas, hasta que para esta Cuaresma hará año y medio, de repente dejo de recibir el dinero.

FIDEL.—¡Qué cosa más rara!

NICASIO.—¡Y aquí me tienes que no sé qué hacer!

FIDEL.—Y en la duda, le arreas a la chica ca paliza que la tundes.

NICASIO. — Hombre, yo... Es que cuando una cosa te pesa...

FABIAN.—(*Que ha llegado por el foro izquierda, se asoma a la puerta. Es otro caminero y trae al hombro unas herramientas.*) ¡Ave María!

FIDEL.—¡Hola, Fabián!

FABIAN.—¿Venís pal tajo?

FIDEL.—Yo, sí.

NICASIO.—Yo iré a daros las espuertas, que las tengo jun-

to a la caseta del paso a nivel. (*Se levantan. Aparte, a Fidel.*) Y de esto...

FIDEL.—Como si lo hubiás tirao a un pozo. (*Cogen las chaquetas y hacen mutis los tres por el foro derecha.*)

ESCENA IV

TERESA *y* FELISA, *por izquierda, con algún recelo.*

FELISA.—Ya s'han ido.

TERESA.—Déjalos ir. Y decídete, Feli; decídete de una vez, créeme a mí.

FELISA.—¡Ay!... ¡Si es que falta valor, Tere!

TERESA.—Pos tú haz lo que quieras, pero tu padre no me vuelve a poner más las manos encima. Yo, esta tarde, me voy d'aquí pa siempre.

FELISA.—¡Ay, por Dios; no me dejes sola! ¿No dices que me quieres como una hermana?

TERESA.—Por eso. Amonos juntas hoy que tenemos ocasión, chica. Corre mi suerte. Yo me quedaría a tu lao, pero ya ves mi vida: ¡golpes..., hambres..., miseria!

FELISA.—Sí, ties razón. ¡Golpes..., hambres, miseria!... Y, sobre to, ¡soledad..., tristeza..., aburrimiento!... Yo tampoco sirvo pa esto.

TERESA.—Pos, entonces, voy a prepararlo to, y luego, cuando vengan esos...

FELISA.—(*Con temor.*) ¡Chist!... ¡¡Esos!!... ¡Calla, por Dios! ¡Si lo supiera mi padre!...

TERESA.—Algún día lo ha de saber.

FELISA.—¡Ay, Tere! Y si nos vamos con ellos, ¿qué será de nosotras?

TERESA.—Yo no sé. A mí me lleva el cariño.

FELISA.—Y a mí, te lo juro; que paece mentira que a un hombre que es más que yo, le haya tomao este querer.

TERESA.—Pos no lo pensemos tanto. Déjate. El mundo es grande. To el que camina, encuentra. Pararse es lo malo.

FELISA.—Ties razón. Ya ves que a mí no me pegan. Mi padre es mi padre. Este rincón es mi casa. Y con to y con eso, yo no sé qué ilusiones de volar, qué afanes tengo por irme. ¡Parece que de vivir en un camino!... (*La interrumpe la voz de Carray, que canta lejos.*)

«De vivir en un camino
entra ganita de andar;
que al que se para, la suerte
nunca le viene a buscar.»

TERESA.—¿Has oído? (*Sube al fondo y mira hacia la derecha.*)

FELISA.—¿Quién es ese?

TERESA.—Paecen los maletas de ayer; el «Manoli» y el «Carray». Deben de torear cerca. Ahí están.

ESCENA V

DICHAS. *El* MANOLI *y el* CARRAY, *por el foro derecha. Son dos maletillas que van de pueblo en pueblo. El primero trae un envoltorio en el que trae un traje de luces, bordado en oro, lo más viejo y deslucido posible; el segundo, otro, y un estoque.*

MANOLI.—(*Desde fuera, asomando por la ventana su cara truhanesca.*) ¿Hay permi?

FELISA.—¿Es usté?

MANOLI.—En un cacho.

FELISA.—Por muchos años.

MANOLI.—Pue que no, porque toreo esta tarde.

TERESA.—¿Viene usté solo?

CARRAY.—(*Asomándose a la ventana.*) Y el resto de la cuadrilla.

TERESA.—¡Dos fenómenos!

MANOLI.—(*En la puerta.*) Los hay más medrosos, joven.

FELISA.—¿Y qué quiere usté?

MANOLI.—A ver si me hacían ustedes el favor, por lo que fuese, de recoserme el traje de luces, ahora que no está su padre. (*Abre el lío y le da la chaquetilla.*)

FELISA.—¿Y a esto le llama usté de luces? ¡Con treinta y dos agujeros!

MANOLI.—La última cogida.

TERESA.—¿No se le ve a usted la camiseta con eso?

MANOLI.—No, señora; porque no la llevo.

FELISA.—¡Qué deslucido está el oro, hijo!

MANOLI.—Ya le sacaré brillo.

FELISA.—¿Con qué?

MANOLI.—Con tiempo y sangre.

FELISA.—¡Qué horror!

MANOLI.—(*Entrando en la casilla. Carray, después de beber agua, se sienta bajo la ventana de la derecha, dejando al lado los dos líos de ropa.*) Pos no tengo otra cosa pa hacerla nueva. Conque ¿me da usté unos puntitos, morena?

FELISA.—Trae la aguja, Tere.

TERESA.—(*Dándole el cestillo de la costura.*) Toma. (*Felisa se sienta a la derecha de la mesa para coser. Manoli viene a su lado.*) ¿Y a usted (*A Carray.*) qué se le ofrecía, banderillero?

CARRAY.—(*Pasando a la izquierda, al lado de Teresa.*) A mí, na; que a ver si me podían ustés prestar un cacho e pan.

TERESA.—¿Así de un tamaño como pa comérselo?

CARRAY.—Un poquito más grande.

MANOLI.—No, en serio; lo quie pa borrar una cosa. (*Teresa abre la alacena, y cogiendo un trozo de pan, se lo lleva a Carray, que sentado en el ángulo izquierda, come con avidez.*)

FELISA.—(*Cosiendo y riéndose.*) ¿El número de corridas que tie usté contratás?

MANOLI.—No, señora; que no las tengo. Pero no se ría usté, que pue que las tenga. Algún día...

FELISA.—¡Algún día!... ¡Qué lejos está eso, hijo!

MANOLI.—Lejos o cerca. Algún día pue ser, Dios sabe cuándo; pero pue ser pronto. Pos algún día seré yo matador, pero no de esos de tinguiringui; matador fetén. ¡Un as!... Ca estocá, cuatro pezuñas a la intemperie. ¡Olé!

CARRAY.—(*Arrancándose desde su asiento para ejecutar la suerte.*) Con tres pares de banderillas mías, colocaos de poder a poder, en el perímetro cúbico de dos pesetas. Véase la clase. ¡Clavao!

MANOLI.—¡Mi suerte!... ¡Y que no se va a dar mi alma charolito ni na! ¡Setenta corridas!... Torear en Madrid. ¡Billetes en la cartera! ¡Cartas de mujeres por tos los bolsillos!

CARRAY.—¡Hasta por los míos!

MANOLI. — ¡Alhajas!... ¡Puros!... ¡«Moto» con side!... ¡Queso gruyel en toas las comidas! ¡Mi suerte! ¡Na! (*Apoyándose en la silla de Felisa.*) Y entonces... Entonces me da el garlochi que me la tengo de encontrar a usté.

FELISA.—¿De mozo de estoques?

MANOLI.—¡Qué sé yo!... De algo bueno. ¡De cupletista!... ¡De actriz!... ¡De amiga de un señor de Bilbao!... Amos, de algo, pa tener «auto» y piso elegante.

FELISA.—¡Usté es un fantasioso!

MANOLI.—Quizá que puede. Pero que usté y manguela vamos pa algo grande en el mundo, eso, ¡chipendi!

FELISA.—¿Quién se lo ha dicho a usté?

MANOLI.—Nadie. Esas cosas las sabe uno porque las lleva dentro. Y usté también sabe que no se quedará aquí.

FELISA.—(*Un poco temerosa.*) Pues esta es mi casa.

MANOLI.—Pues se irá usté de ella. (*Con naturalidad.*)

FELISA.—¡Hijo!... ¡Jesús!

MANOLI.—Es usté demasiado bonita. Tie usté una cosa en sus ojos y en toa su persona, que no es pa una casilla e peones; eso, se ve.

FELISA.—(¡Paece que es gitano este hombre!) (*A Teresa.*) Anda; acaba tú de coser. (*Se levanta y se aparta hacia la derecha. Teresa se sienta a coser a la izquierda de la mesa. Manoli se aproxima a Teresa.*)

TERESA.—¿Te has cansao?

MANOLI.—Esta joven no ha nacío pa acabar ninguna cosa.

TERESA.—¿Y yo?

MANOLI.—Usté acabará lo suyo y lo de otros.

TERESA.—¿Usté cree?

MANOLI.—El genio se lleva en la cara.

FELISA.—¿Y dicen ustés que torean esta tarde?

MANOLI.—En Ontanilla.

FELISA.—¿Han visto ustés el ganao?

CARRAY.—¿Que si lo he visto? ¡Un toro con unas velas, que le pone usté un canario en ca cuerno, cantan y no se oyen!

MANOLI.—Pero pa eso está la telefonía sin hilos.

CARRAY.—U el árnica.

MANOLI.—Lo que sea. Yo no me aflijo. ¡U llegar u morir, pero siempre p'alante! ¡Mi suerte!

FELISA.—¿Y qué les dan a ustés por la corrida?

MANOLI.—Si quedamos bien, treinta reales y la cena.

TERESA.—¿Y si quedan ustés mal?

CARRAY.—Ni tiempo pa correr.

TERESA.—(*Devolviéndole la chaquetilla, ya cosida.*) Pues que lleguen ustés al postre.

MANOLI.—Y yo que me lo coma.

CARRAY.—Postre no le dan más que al matador; a la cuadrilla, lechuga.

MANOLI.—(*A Teresa.*) Conque, gracias, nena. (*A Felisa.*) Y lo dicho: si a mí no me corta el viaje un toro, yo voy p'arriba; por allí nos encontraremos. (*Coge el lío y mete la chaquetilla.*)

TERESA.—Pues el día que bajen ustés, me avisan, que yo no pienso subir.

CARRAY.—(*Que ha cogido ya sus envoltorios.*) Porque no querrá usté: tengo aroplano.

TERESA.—Gracias, hijo; donde yo vaya, me gustará ir por mi pie.

MANOLI.—*Despidiéndose desde la puerta.*) ¡Salú!

FELISA.—Y pesetas.

MANOLI.—¡A esportillas! (*Haciendo un desplante torero.*) ¡Olé!... ¡Mi suerte! (*Vanse foro izquierda. Vuelve a oírse la voz de Carray, que se aleja cantando.*)

De vivir en un camino
etc., etc., etc.

ESCENA VI

TERESA *y* FELISA. *Luego, foro derecha, la* TÍA CASI, *una mendiga de los caminos.*

FELISA.—(*Como con temor.*) Pero ¿has oído?

TERESA.—Calla, chica; a estos maletas paece que les han dicho lo que nos pasa.

FELISA.—(*Sentándose a la derecha de la mesa.*) Les estaba oyendo y tenía así como un frío por dentro... ¿Sabrán algo?

TERESA.—(*Sentándose frente a ella.*) ¡Qué van a saber! ¿Quién iba a decirles a ellos lo que sabemos las dos solitas?

FELISA.—¡Y que hoy hace un mes!... ¡Un mes justito! ¿Te acuerdas, Tere?

TERESA.—Como si fuera ahora mismo! Estábamos las dos cosiendo, una tarde que llorábamos, porque tu padre, borracho, nos había pegao aquella mañana...

FELISA.—Y nos pusimos a pensar qué nos pasaría si tuviéramos valor para irnos por el mundo, juntas, a la ventura, a correr nuestra suerte.

TERESA.—Cuando en esto—¡cómo vienen las cosas en la vida!—, de pronto, oímos un golpe tremendo, como de hierros y cristales que se rompen. Salimos a escape las dos y nos encontramos en la carretera con un «auto» que había chocao contra un árbol...

FELISA.—Y nos trajimos a la casilla a un señorito y a un chofer, heridos.

TERESA.—Les curamos de unos arañazos y del susto; estuvieron aquí unas horas; nos dieron las gracias y se fueron...

FELISA.—Y volvieron a la tarde siguiente.

TERESA.—Y luego, muchas tardes; pero ya más lejos de la casilla, pa hablar y pasear juntos los cuatro.

FELISA.—Hasta que hoy, esos dos hombres...

CASI.—(*Asomando por la ventana de la derecha.*) ¿Estáis solitas?

FELISA.—¡Tía Casi!

TERESA.—¡Usté!

CASI.—Yo. ¿Puedo entrar?

FELISA.—(*Levantándose ambas.*) ¡Alante!

CASI.—(*Entrando y avanzando hasta quedar entre las dos.*) Sus traigo un recao.

TERESA.—¿De ellos?

CASI.—De ellos. No hace ni dos menutos que pasaba el «auto», como una centella; de que me vieron, pararon, y el señorito Pepe m'ha dao este papel pa ti. (*Da a Felisa uno que saca del pecho.*) Y Paco, el chofer, este papelito, pa ti. (*Dándole a Teresa uno que saca de la faltriquera.*) ¡Qué par de mozos! Se subieron al Alto e Pinares, entre los pinos escondieron el automóvil, y allí aguardan. ¡Qué guapos, ca uno en su estilo! (*Se sienta y bebe los restos de la botella que dejaron los camineros.*) ¡Vaya suerte de chicas!

FELISA.—(*Leyendo.*) «Feli: Si estás decidida, como me juraste ayer, vente conmigo. Aguardamos en el Alto de Pinares. Iremos camino de Francia. Ten valor, no te arrepentirás. Te espera otro mundo, otra vida y mi cariño. Ven.».

TERESA.—(*Idem.*) «Chacha: Te espero con el escape abierto. No tardes, que vamos a arrear. Te abraza hasta la estrangulación, tu Paco.» ¡Qué bruto!

FELISA.—¡Ay, Dios mío! ¿Y qué hacemos?

TERESA.—Pos irnos.

CASI.—(*Acercándose.*) Amos, tonta; pero ¿lo vas a dudar ahora? ¡Tos los días cacareando que si no eras pa esta vida, que si la miseria de un camino...! ¡Pos chica, arrea!

FELISA.—Sí, pero ¿qué nos pasará?

TERESA.—¡Peor que esto!...

FELISA.—El tuyo es pobre, como tú; pero ¿y el mío, que es más que yo, de otra clase?...

CASI.—Tos los hombres son de la misma clase: malos; to está en una saberlos manejar. ¡Hala!... ¡Huir de la miseria, no ser tontas! Que si te quedas, ¿qué te espera? Mírame a mí.

FELISA.—¡Ay; eso, no!

CASI.—Pos también he tenido mis veinte, como tú, y mi aquel pa los hombres, que nunca faltan a esa edad. A mí me quiso llevar un tratante. Tenía ¡seis carros de recua! ¡Qué hombre! Pero fuí tonta, me quedé, y ¡ya ves! Casimira me llamaba; Casi, me llamaron luego, pa hacerlo más corto, y aquello fué como si me hubieran pronosticao mi sino, porque en Casi me quedé, que nunca he llegao a na. Casi me quiso un hombre, porque no fué de veras. Casi me casé, porque no fué por la Iglesia. Casi tuve una hija, porque de poco me mata al nacer, y casi la perdí, porque se la llevó un novio. Casi he sío de to y casi no he sío na. Mi marido también era caminero. Toa la vida, la casilla: calores, fríos, soledad, miseria... Pos un día e tormenta, el pobre s'arrimó a un árbol pa taparse e la lluvia, cayó un rayo, y ¡sola! Y ya lo ves: hoy, haciendo recaos a los peones, de casilla en casilla, una limosna, harapos, mendrugos, un traguejo, ¡na! Y un mal día de invierno me dormiré en la cuneta, junto a un montón de grava, dura como tos los corazones que he encontrao, y no despertaré más. ¡Y se acabó la tía Casi! (*Ríe.*) Si te gusta esto, ¡quédate! Si te gusta, ¡quédate!

TERESA.—¡Ay, no! ¡Vamos, vamos!

FELISA.—(*Con miedo, acercándose a Teresa.*) Sí, pero ¿y mi padre?

CASI.—¡Un viejo, borracho, malhumorao! ¡Na! Te dejará sola el mejor día, y entonces... ¡Corre al mundo! Yo tenía una hija y no miró cosa denguna y me dejó sola y se fué. (¡Que se vayan toas!... ¡Que no haya denguna honrá!) ¡Hala, volar; no lo miréis más! ¡Al mundo! ¡A la suerte!... (*Se dirige hacia la alacena.*)

ESCENA VII

DICHAS. PEPE, *traje elegante de automovilista, y* PACO, *chofer de casa grande. Vienen foro izquierda.*

PEPE.—(*Apareciendo.*) ¡Feli!

FELISA.—(*Llena de alegría.*) ¡Pepe!

PACO.—¡Tere!

TERESA.—¡¡Paco!! (*Entran y forman parejas.*)

CASI.—(*Por una botella que ha encontrado en el armarillo.*)

¡Aguardiente de mi vida! ¡Ca uno, a lo que le gusta! (*Se sienta a beber bajo la ventana de la derecha.*)

PEPE. — Bueno; ¿vienes conmigo? Hace una hora que aguardo.

FELISA.—(*Temerosa, dejándose caer sobre la silla, a la derecha de la mesa.*) ¡Ay, Pepe!

PEPE.—(*Amoroso.*) ¡No hay Pepe que valga! ¡Decídete! ¡No podemos perder minuto!

FELISA.—Pero yo..., ¡una pobre!...

PEPE.—¡Tú qué vas a ser pobre, con ese cuerpo y esa cara! ¡Verás qué verano! Nos vamos a Truvil. ¡Contigo, epato! ¡La caraba!

FELISA.—Sí, pero ¿y si luego me dejas?

PEPE.—¡Qué te voy a dejar!... ¡De aquí al otoño! ¡Te llenaré de alhajas! ¡Te vestiré en Biarritz, para que llames la atención en la Sibur!

FELISA.—¿Y qué es eso? (*Hablan en voz baja, animadamente.*)

TERESA.—Y tú, ¿dónde me vestirás a mí?

PACO.—En ninguna parte. Yo no visto estatuas, ¡las almiro!

PEPE.—Luego, te llevaré a Santander; a San Sebastián, a San Juan de Luz!...

TERESA.—Y tú, ¿me llevarás a tos esos santos?

PACO.—Pa tos Santos, ya no estás tú pa ir a ningún lao, tonta.

TERESA.—¡Qué sinvergüenza eres, Paco!

PACO.—Por muchos años. Pero quererte, ¡con los cuatro cilindros! ¡Te me has colao hasta lo más hondo del carburador! Ven aquí, Rolls Roy de mi alma, que voy a ser pa ti más seguro que un Hudson.

TERESA.—Pero a ver si se te quita el cariño con el Hudson.

PACO.—En jamás. Tú te sientas a mi lao, en el baqué; me alumbras con esos faros el camino de mi vida, o me los entornas como poniéndome luz de población, yo meto la directa, acelero, te hago una media de sesenta por hora, y el año que viene te encuentras de propietaria de un Bebé-Peuchot. ¡Por éstas!

TERESA.—Tú verás lo que haces, porque como me engañes, tienen «pan», como decís vosotros, porque te arreo un puñetazo en el capó, que te dejo sin carroserie.

PACO.—¡Ven aquí, doble faetón! (*La abraza.*)

PEPE.—(*A Paco.*) Pero ¿qué haces?

PACO.—Le estaba ajustando el motor.

PEPE.—Pues anda, anda, suelta el freno de mano y no perdamos tiempo. Anda, Feli, ¿te decides?

FELISA.—Sí. Me confío a ti, seguiré mi suerte.

PEPE.—Pues en el Alto esperamos.

PACO.—(*A Teresa.*) A escape, tú. (*Vanse foro izquierda.*)

TERESA.—En seguida.

FELISA.—(*A Casi.*) Vigile usté si viene mi padre. (*Vanse las dos por primera izquierda.*)

CASI.—¡Que venga, que venga! ¡Se le va, como se fué la mía! Se quedará solo, como yo. ¡Que se vayan todas! ¡Que no haya denguna honrá! (*Bebe y ríe.*)

ESCENA VIII

TÍA *CASI y* SEGADORES, *que entran foro derecha. Traen todos hoces, chaquetas al hombro, sombrero de paja, atillos y líos con ropa; calzan alpargatas, y el calzado de cuero al hombro, sujeto con una cuerda.*

SEGADOR 1.º — (*A la tía Casi.*) ¿Daríanos una sed de agua, buena muller?

CASI.—De agua, sí; pasen y beban lo que quieran. (*Se esconde, avara, la botella.*)

SEGADOR 1.º—De la siega venimos y de camino vamos pa hacer noche en Navagrande.

CASI.—¡Bien tienen de andar! (*Entran todos, beben, se limpian el sudor, etc.*)

MUSICA

SEGADOR 1.º Deixei a miña terra
deus meus amores.
Deixei a miña terra
pros meus rapaces,
y bajo el sol, de rayos
abrasadores,
las espigas que corto
forman los haces.

TODOS. Deixei a miña terra,
etc., etc.

SEGADOR 1.º Espigas,

espigas doradas,
igual que los sueños
que no realicé;
    montones,
montones de oro
parecen los trigos
que en haces formé.
    ¡Riquezas
serán para el amo,
que a mí unas monedas
tan sólo me da!
    ¡Espigas!
Le dais a él oro
y a mí solamente
un poco de pan.

La-la-la,
la-la-la.

TODOS. ¡Espigas!,
etc., etc.

HABLADO

SEGADOR 1.º—Gracias, buena muller; que Dios la guarde.

CASI.—Lleven buena jornada. (*Bis en la orquesta. Vanse foro izquierda. Por la carretera, de derecha a izquierda, pasan dos carros; el primero, cargado de haces de paja.*)

ESCENA IX

TÍA CASI, TERESA *y* FELISA, *de la primera izquierda, ya más arregladas, con líos de ropa.*

CASI.—¿Ya estáis? (*Al verlas salir.*)

TERESA.—Ya. Adiós, tía Casi.

FELISA.—(*Un poco llorosa.*) Si mi padre pregunta, luego, cuando pase un rato, déle usté este papel, como si se lo hubiéramos dao en la carretera. (*Se lo da.*)

CASI.—Descuida.

FELISA.—Ahora, diga usté que hemos salío al lomero, a recoger las gallinas. ¡Adiós, tía Casi!

CASI. — Adiós. ¡Suerte, hijas mías! ¡Callarse! ¡Esperar! (*Sube y mira foro derecha.*)

TERESA.—¿Qué es?

CASI.—Vuestro padre y el señor Fidel, que vuelven.

FELISA.—(*Muerta de miedo.*) ¡Dios mío!... ¿Y qué hacemos ahora?

CASI.—(*Guiándolas a la primera derecha.*) Huir por aquí, por el corralillo, a campo traviesa. Esperar que entren, y luego, picar de prisa y con cuidao.

TERESA.—Sí; es lo mejor.

FELISA.—Vamos. (*Hacen mutis precipitadamente. La tía Casi se sienta al lado de la mesa.*)

ESCENA X

TÍA CASI, NICASIO *y* FIDEL, *foro derecha. El segundo trae un pico y una pala al hombro.*

NICASIO.—(*Entra y deja la chaqueta sobre una silla.*) ¿Tú por aquí?

CASI.—Por si queríais mandar algo.

NICASIO.—Na.

FIDEL.—(*Dejándolas en el rincón con las otras.*) Aquí dejo la herramienta.

NICASIO.—¿Qué haría ese «auto» escondío entre los pinos?

FIDEL.—Vete a saber.

NICASIO.—¡Se ven ahora unas cosas en las carreteras!...

CASI.—(¡Se ven unas cosas y otras se dejan de ver!)

NICASIO.—(*A Casi.*) ¿No ties na que hacer?

CASI.—(*Levantándose.*) Lo que tú mandes.

NICASIO.—¿Te vales a ir por vino al ventorro?

CASI.—Toavía pueo andar lo que quiera. (*Coge la botella de la mesa.*) ¿Fiao?

NICASIO.—Primero, ver si es bueno; pagar, lo último.

CASI.—(¡Ya verás el trago que te espera!) (*Vase foro derecha. Durante el diálogo que sigue, Nicasio coloca la mesa bajo la alacenilla y las sillas repartidas en el fondo derecha.*)

FIDEL.—Yo me voy pa mi casilla, tú.

NICASIO.—Llévate el avío pa mañana, que creo que te lo ha comprao la Tere. (*Llamando.*) ¡Tere! ¡Tere!... Pero esa galocha, hombre!

FIDEL.—(*Asomándose a la puerta de entrada.*) ¡Feli!...

¡No se las ve por parte denguna! ¡Como no haiga ido a casa el Pelao por agua de beber!...

NICASIO.—O a recoger las gallinas.

FIDEL.—Eso será.

ESCENA XI

NICASIO, FIDEL, *el* ANGELITO *y el* SEFINÍ, *que llegan precipitadamente foro derecha, entran y cierran por dentro, muertos de miedo, la puerta y ventanas. Los camineros retroceden espantados hacia la derecha. Al final,* DON QUINTÍN.

MUSICA

ANGELITO y SEFINI. Ustedes disimulen
que entremos de este modo,
pero es que nos jugamos
el todo por el todo,
pues el que tira a darnos
desde la carretera,
es un amigo nuestro
que está como una fiera.

NICASIO. ¡Caray con el amigo!
FIDEL. ¡Pues vaya unos modales!
NICASIO. Si tira a la ventana,
me rompe los cristales.
FIDEL. ¿Y qué han tenido ustedes?
ANGELITO. Pues una discusión.
NICASIO. ¿Y por qué tira piedras?
SEFINI. Es su argumentación.

(*A Fidel.*)
Si a un amigo del alma
tiene el capricho...
ANGELITO. (*A Nicasio.*)
De obsequiarle con algo,
le compra un nicho.
SEFINI. Y si de esta manera
gasta la pasta...
ANGELITO. No hace falta decirles
qué genio gasta.
NICASIO. ¡Sí que debe ser brutal!
FIDEL. ¡Sí que debe ser bestial!

(Suenan recios golpes en la puerta de entrada. Angelito y Sefini se estremecen, miedosos.)

ANGELITO y SEFINI. Don Quintín,
no lo hace con mal fin.
Don Quintín,
no es un majalandrín.
Don Quintín,
no está mal educao.
Don Quintín,
el pobre está amargao.

(Nuevos golpes.)

SEFINI. *(Como antes.)*
Si algún día amanece
de mal talante...
ANGELITO. Se oyen sus alaridos
en Alicante.
SEFINI. Y el que diga una cosa
que le moleste...
ANGELITO. Sabe que al otro día
duerme en el Este.
NICASIO. ¡Sí que debe ser brutal!
FIDEL. ¡Sí que debe ser bestial!

(Nuevos golpes.)

LOS CUATRO. Don Quintín
no lo hace, etc., etc.

SEFINI. Don Quintín,
no es un majalandrín.
ANGELITO. Don Quintín,
no tiene más que esplín.

(Suben Angelito y Sefini para observar por la rendija de la puerta, la cual entreabren.)

NICASIO y FIDEL. ¿Ese es don Quintín?
ANGELITO y SEFINI. Ese es don Quintín.
QUINTIN. Yo soy don Quintín. *(Cuadro.)*

(Al terminar la música, quedan: don Quintín, en una actitud de acometividad; Angelito y Sefiní, uno a cada lado de la puerta, temblando, y los dos camineros, aterrados.)

NICASIO.—Bueno, don Quintín, caray; cálmese usté, que no tenemos tila y estos dos hombres están pa morirse.

FIDEL.—Y luego, que la casilla es de piedra na más; y no está hecha pa terremotos, la verdá; y con otros dos meneos...

QUINTIN.—(*Exasperado.*) ¡Canallas!... ¡Sinvergüenzas!... ¡Golfantes!... (*Angelito y Sefini se refugian en el ángulo del fondo derecha de la casilla.)*

ANGELITO. — ¡Sí, hombre! ¡Sí, don Quintín; tie usté razón!

SEFINI.—Pero cálmese usté, don Quintín; que la cosa no ha sido pa...

QUINTIN.—¡He debido pegaros veinte tiros! ¡Poneros un barreno en el cráneo!... ¡Aplastaros como viles insectos!

ANGELITO.—Sí, señor; sí.

SEFINI.—Bueno; pero...

QUINTIN.—¡Maldita sea mi vida! (*Amenazándoles.*) ¡No sé cómo no...!

ANGELITO.—¡Por Dios!

SEFINI.—Yo...

QUINTIN.—(*En el colmo de la ira.*) ¡Brrrr! (*Tiemblan como azogados. Don Quintín, paseando furioso, sale un momento de la casilla.)*

NICASIO.—(*En voz baja, a los amigos.*) Bueno; y este señor, cuando juega a la lotería y no le toca, ¿qué hace con la lista?

SEFINI.—La masca.

ANGELITO.—Y escupe los números.

NICASIO.—¡Mi madre!

ANGELITO.—Le llevamos al dentista con bozal; no le digo a usté más.

SEFINI.—Pa probarle unas botas hay que trabarlo; saque usté la consecuencia.

QUINTIN.—(*Volviendo a entrar y en tono iracundo.*) Darme una silla. (*Los cuatro le alargan, rápidamente, una silla cada uno.*) ¡Una! (*Dando un grito. Quedan los cuatro suspensos en su movimiento.*)

ANGELITO.—(*Tembloroso.*) ¿Sorteamos u elige usté?

QUINTIN.—Esta. (*Cogiéndola violentamente.*)

ANGELITO.—(*Muy sonriente.*) ¡La mía!

QUINTIN.—(*Amenazándoles con la silla.*) ¡He debido romperos la crisma! ¡Haceros papilla! (*No pudiendo ya retroceder por falta de espacio, Angelito pone un pie sobre la banqueta para saltar por la ventana de la derecha.*) ¡¡Pulverizaros!! (*Da un golpe en el suelo con la silla y, desesperado, se sienta.*)

ANGELITO.—Sí, señor; pero nos pulveriza usté y con el viento que hace, pues se le vuelan a usté dos amigos por una tontería.

SEFINI.—Y la verdá, y sin agraviarle a usté, don Quintín, por Dios; el motivo...

NICASIO.—Bueno; y si no es mal preguntao, ¿toa esta tremolina, por qué ha sido?

ANGELITO.—Porque no le ha querío tomar un duro sevillano el chofer que nos ha traído.

NICASIO.—Pues yo creo que la cosa...

QUINTIN.—Rechazarme a mí una moneda, es llamarme monedero falso.

NICASIO.—No, hombre; usté exagera. Yo no creo que...

QUINTIN.—Si usté no lo cree, es que no tiene vergüenza.

NICASIO.—(*Altanero.*) Oiga usté, que yo...

QUINTIN.—(*Levantándose airado.*) No la tiene usté.

ANGELITO.—No la tiene, don Quintín. (*Este vuelve a sentarse.*)

ANGELITO.—(*A Nicasio.*) Diga usté que no, hombre. ¿Qué necesidad tiene usté de estar dos meses en la cama?

NICASIO.—¡Caray, pero...!

ANGELITO.—¡Miste que es un genio!

SEFINI.—No le hemos visto sonreírse más que una vez en su vida.

ANGELITO.—El día que se murió su suegra. Dijo: «Je, je», y se puso gasa. ¡La única alegría que le hemos notado!

FIDEL.—¡Recontra!

NICASIO.—Bueno; pero, vamos, un servidor, lo que quería decirle a usté es que no debe tomarse esos disgustos por cosas tan baladises.

QUINTIN.—Quizá tenga usté razón; pero es que yo detesto a la Humanidad. ¡Me da asco la vida!

NICASIO.—¡Hombre, por Dios!... Pero ¿qué motivos tie usté?

QUINTIN.—¡Yo soy un amargao! Y mi amargura es obra de cuantos me rodearon. Nunca encontré ni cariño verdadero, ni amistad leal, ni gratitud sincera.

NICASIO.—Pues estos amigos...

QUINTIN.—(*Con desprecio.*) ¡Amigos!... Ese, el «Sefiní», es un matón que cuando yo tenía casa de juego me prestó el valor por un mendrugo. ¡Puaf!

SEFINI.—¡Don Quintín!

QUINTIN.—¡Y nada más! Y ése, el «Angelito», otro que tal baila. Un perro, que viene detrás de mí por el hueso que le arrojo.

ANGELITO.—(*Con heroica resolución.*) ¡Ea; eso no es verdad, don Quintín; qué caray! Llámeme usted perro; si los perros no se ofenden, yo tampoco. Pero lo del hueso es una cosa muy dura. ¿Qué gano yo a su lao de usted? Le sigo porque le tengo ley y quiero quitarle de esa amargura que le corroe.

QUINTIN.—¡Necio!

ANGELITO.—No tanto como usté se piensa, ¡qué narices!, que pa poder vivir hay que mirar la vida más en otimista, señor. (*A Nicasio.*) Aquí tie usté mi ejemplo. Yo soy lo contrario de él. No me pasa una cosa, por mala que sea, que no me alegre. ¿Que me piden un duro? Pos digo: «¡Mia si me llegan a pedir dos!» Y no doy ninguno. ¿Que me da una pulmonía? Pues me alegro... de que no sea doble. ¡Siempre es un consuelo! ¿Que me caigo del tranvía? Pues me levanto, y exclamo: «Y menos mal que no me ha pegao el conductor.» ¡Pa to tie que haber una conformidad!

QUINTIN.—Conformidad de hombre cobarde y ruin.

ANGELITO.—Bueno; pero yo...

QUINTIN.—(*Levantándose.*) ¡Basta!

ANGELITO.—Punto en boca.

QUINTIN.—Estos señores no tienen por qué participar de mis amarguras, de modo que vamos al objeto que me trae y nada más. ¿Ustedes no sabrán por qué venimos aquí?

NICASIO.—¡Hombre, nosotros!... (*Por Fidel.*) Este, de vez en cuando, acierta alguna charadilla que otra, pero yo..., la verdá, no...

QUINTIN.—Pues venimos aquí porque usté se llama Nicasio Baños.

NICASIO.—Servidor, sí, señor.

QUINTIN.—Y esta es su casilla.

NICASIO.—Esta.

QUINTIN.—Y vengo a ella, buscando con un anhelo, en el que se encierra mi última esperanza de felicidad, a una hija.

NICASIO.—¿Buscando una hija? ¿Entonces?...

QUINTIN. — Una hija, que dejé abandonada hace veinte años en esa ventana.

NICASIO.—¡Recontra! Entonces, ¿ustedes son los padres de la niña?

QUINTIN.—¿Cómo ustedes? Yo solo.

NICASIO.—Hombre, como son ustedes tres, yo, por no hacer de menos a nadie...

QUINTIN.—Bueno, ¿y esa niña?... ¡Me da miedo preguntarlo!... ¿Vive?

NICASIO.—Vive.

QUINTIN.—¿Y está?... ¡La emoción me ahoga!... ¿Está todavía con ustedes?

NICASIO.—Está con nosotros.

QUINTIN.—¡Gracias, Dios mío!... ¡La primera cosa que me sale bien en este mundo! A mis brazos, Nicasio. (*Abrazándole.*)

ANGELITO.—No le zarandee usté, que es peón.

QUINTIN. — ¡Oh, qué alegría, Sefiní!... ¡Encontré a mi hija!

SEFINI.—Merecía usté no haberla encontrao.

ANGELITO.—¡Por pisimista!

QUINTIN.—(*Emocionado.*) Bueno, ¿a qué se puede convidar aquí?

ANGELITO.—A billetes de veinticinco pesetas, porque en una casilla de peones...

QUINTIN.—De modo que la niña...

NICASIO.—Teresa.

QUINTIN.—Es verdad; ese nombre dejamos escrito en un papel prendido a sus ropitas; el nombre de su madre. ¡Una mujer que huyó de mi lado!

ANGELITO.—Porque tenía celos de ella y la hartaba a palos.

QUINTIN.—(*Como desechando el mal recuerdo.*) Bueno; el caso es que dudé de la madre, y creyendo que la hija no era mía, la abandoné. Hasta que aquella desgraciada, en la hora de su muerte, me ha escrito jurando su fidelidad y suplicándome que recoja a la niña, porque es mía y solo mía. Y por ella vengo. Quiero resarcirme con su cariño de todas las amarguras que sufrí.

NICASIO.—Pues se resarcirá usté, don Quintín.

QUINTIN.—¿Es buena?

NICASIO.—¡Un ángel!

QUINTIN.—¿Y usté la quiere?

NICASIO.—Tos sus deseos los he satisfecho sin medida.

(*A Fidel.*) ¡ Esconde la vara ! ¡ Y es más dispuesta !... ¡ Si viera usté cómo guisa !

FIDEL.—¡ Le ha hecho hoy unas patatas viudas !

QUINTIN.—¿ Buenas ?

NICASIO.—Pa darles el pésame.

QUINTIN.—¿ Y no ha preguntao nunca por su padre?

NICASIO.—Tos los días.

QUINTIN.—¿ Y es guapa?

NICASIO.—La cara de usté.

ANGELITO.—(¡ Pues pa una viña !)

QUINTIN.—¡ Cómo voy a adorarla !... ¡ Oh !

ESCENA XII

DICHOS *y* TÍA CASI, *foro derecha.*

CASI.—(*Que entra jadeante y descompuesta.*) ¡ ¡ Ah ! !

QUINTIN.—¿ Quién ?

CASI.—¡ Yo !... ¡ Ay !... ¡ Socorro !

NICASIO.—¡ Tía Casi !

CASI.—¡ Nicasio ! ¡ Fidel ! ¡ Me muero ! ¡ Agua !

FIDEL.—¿ Qué le ocurre a usté? (*Colocando una silla, en la que se sienta. Todos la rodean.*)

NICASIO.—¡ Habla !... ¿ Qué pasa?

CASI.—¡ Ay, no me atrevo a decirlo ! ¡ Ay, esas chicas !... ¡ Ay qué desgracia !

NICASIO.—Por lo que más quieras, habla. ¿ Qué es?

CASI.—Pues que estaba yo en la casilla de Fabián, en el kilómetro veintidós, y pasa un «auto» muy grande, que venía volando entre una nube de polvo, y de que me ven, se paran, y tu hija y la Tere, que iban dentro con dos jóvenes, m'han dao este papel pa ti. (*Se lo da.*)

NICASIO.—¡ Recontra ! ¿ Pa mí? (*Lee.*)

CASI.—¡ Han arrancao volando, y entre otra nube de polvo, las he perdío de vista !

QUINTIN.—¡ Ay, que no sé lo que adivino ! ¿ Qué dice ese papel?

NICASIO.—(*Desfalleciendo.*) No, nada ; que... ¡ Ay, Dios mío !

QUINTIN.—(*Le arranca el papel de las manos.*) ¡ A ver !... ¡ Pronto ! (*Lee.*) «Padre: Huyendo de los palos y las bofetadas de usté... (*Mira furibundo a Nicasio, que se estremece.*), nos vamos de su lado, para siempre, con dos hombres que

queremos. Que Dios le perdone a usté el martirio que nos ha hecho pasar, como nosotras le perdonamos.» (*En el paroxismo del furor.*) ¡Ah, miserable!... ¡Ellas te perdonan, pero yo, no! ¡Muere, ladrón! (*Le echa las manos al cuello.*)

NICASIO. — (*Medio ahogado.*) ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me ahoga!

ANGELITO.—¡Por Dios, don Quintín; no le apriete usté, que es peón! (*Todos tratan de separarle.*)

QUINTIN.—Al que me sujete, le despedazo.

FIDEL.—(*Saliendo a la puerta.*) ¡Civiles! ¡Auxilio!

CASI.—(*Que ha salido antes.*) ¡Que matan a un hombre!

QUINTIN.—(*Que ha tirado al suelo a Nicasio.*) ¡Y os voy a matar a todos! (*Angelito y Sefini se refugian en el rincón de las herramientas.*) ¡Mi hija! (*Saliendo hacia la carretera.*) ¡¡Mi hija!!

ANGELITO.—¡Por qué no se habrá escapado esta mañana! (*Telón rápido. Música en la orquesta.*)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Interior de un colmado de los barrios bajos de Madrid, con ciertas pretensiones de bar moderno. Al foro, un poco a la derecha, puerta mampara que da entrada al bar. Foro izquierda, ventanal. Mostrador con anaquelería detrás, más a la izquierda y en ochava. Dentro del mostrador, puerta que comunica con el interior. En primer término izquierda, puerta practicable, que da a la cocina, y en primer término derecha, otra simulada. Mesas repartidas por la escena. Sobre el mostrador, botellas, cubeta, cafetera, etc. Aparatos de luz. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

El SALUQUI, *camarero andaluz. Luego, de la calle, el* SEÑOR LAUREANO, *un castizo de por allá abajo. Al levantarse el telón, el local está completamente desierto. A pesar de ello, se oye*

en la cocina la voz de Saluqui, que grita en el tonillo característico de los camareros.

SALUQUI. — ¡Vaaa!... ¡Va en seguía!... ¡Voy volando! (*Sale rápido primera izquierda, y dirigiéndose a la mesa número tres, tan vacía como las demás, la limpia con actividad febril y dice, dirigiéndose a parroquianos imaginarios:*) ¿Qué va a ser? (*Atiende.*) Muy bien, zí, zeñó: tres de jamón, una de chorizo y cuatro dobles. Está muy bien. En zeguía. (*Va a la mesa número cuatro, la limpia y figura cambiar la botella del agua.*) Y lo zeñore, ¿qué van a tomá? ¿Doz de gambaz y media de Diamante? Perfectamente. Usté, jamón con tomate. ¿Y para el niño? ¿Harina lazteada? No zé zi habrá quedao, porque ze gazta mucho, pero voy a ve. (*Va a la puerta de la izquierda y vocea, como dando órdenes en la cocina.*) Tre bisté con patatas, una tortiya a la fransesa, do de langostino, tre de Mahu, chica del Aguila dorada, media de Rioja alta. ¡A escape! (*Va a la mesa número dos.*) Los señores dirán. (*Como si se dirigiera a una persona.*) Permítame el sombrero. (*Hace como si lo limpiara con la manga, va al perchero de la izquierda, lo cuelga y vuelve a la mesa, limpiándola.*) ¿Digan? (*Atiende.*) Langozta ze noz ha concluído, pero puen tomá lo zeñore calamare frito, pescadiya a la andaluza o boquerone de Málaga. ¿Riñone ar Jeré? Como ustede quieran; to es andalú. (*Como dirigiéndose a la mesa número uno y vuelto de espaldas a la puerta de la calle.*) Zoy con ustede, que estaban antes los zeñore. (*Aparece en la puerta el señor Laureano, y viendo el tejemaneje de Saluqui, se detiene, perplejo.*) De forma que tre de riñone. ¿Y la zeñorita? ¡Ah, zí, zeñora, zí; aquí damos unoz bocadilloz que dejan señal! ¿Un zangüiche de foagrá? Perfectamente. (*Va a la puerta.*) Do de zarmón zarsa tártara, cinco de boquerone, cuatro de percebe, una de solera cuarenta y siete y tre de jamón zerrano. (*A la mesa primera.*) Ahora va, no ze impasiente; no pueo con tos a un tiempo, hombre.

LAUREANO.—Oye, tú, Saluqui.

SALUQUI.—(*Alegre.*) ¡Hola, zeñó Laureano! (*Avanza hacia él.*)

LAUREANO.—(*Después de mirar por todo el bar.*) ¿Hay mesa pa mí?

SALUQUI.—Pase usté, señor Laureano. (*Como dirigiéndose a la primera mesa.*) Dezeguía lez yevo er postre. (*A Laureano.*) Aziénteze.

LAUREANO.—Hombre, antes de llevar el postre a esos se-

ñores de la esquina, ¿me permites una pregunta inocente?

SALUQUI.—Oté dirá.

LAUREANO.—Las oposiciones, ¿las estás haciendo pa Leganés o pa Ciempozuelos? Porque en los dos sitios tienes plaza.

SALUQUI.—(*Riendo.*) Claro, usté lo dise porque me ha visto y cree que me voy a vorvé... (*Se barrena con un dedo la sien.*)

LAUREANO.—¿Cómo que te vas a vorvé? Que te has vorvido.

SALUQUI.—Naturalmente; m'ha visto usté er tejemaneje y za penzao usté que estoy chalupa perdío. Por esta ve está usté errao.

LAUREANO.—Entonces, chócate. (*Le da la mano.*) Y dime qué mesa está desocupá pa sentarme.

SALUQUI.—(*En la cuatro.*) ¡Aquí mismo!

LAUREANO.—(*Sentándose.*) ¡Ha sido suerte encontrar esta mesita!

SALUQUI.—¿Y qué va usté a tomá, zo guazón?

LAUREANO.—Pues... u tomo una copita de montilla con tapa, después de que me expliques concienzudamente a qué se debe esta actividad febril que estabas desplegando con una parroquia tan selecta como ficticia, u tomo la puerta; porque a mí monosmaníacos, no.

SALUQUI.—Poz verá uté qué lógico y qué zenzato encuentra uté lo que estaba yo hasiendo.

LAUREANO.—Pon el disco.

SALUQUI.—Poz na; uté zabe, zeñó Laureano, que ete etablesimiento erá de lo ma concurrío de gente que había en Madrí.

LAUREANO.—Me costa.

SALUQUI.—Y que hase un me que no viene un arma.

LAUREANO.—Me está costando. Y claro, tú soñabas que te se había llenao de pronto, y...

SALUQUI.—No, zeñó. Yo ez que no quieo dezentrenarme, ¿zabe uté? Y de cuando en cuando me etoy hora y media zirviendo en er vasío, pa no perdé la coztumbre.

LAUREANO.—¿Te hincharás de propinas imaginarias?

SALUQUI.—Mentarmente, hay díaz que recojo de cuarenta a cuarenta y cinco pezetas.

LAUREANO.—Pues ten cuidao, no te metan moneda falsa. Pero, en fin, basta de bromas, porque con este desierto, tu amo, el señor Crótido, debe estar en la ruina.

SALUQUI.—¿En la ruina? (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!

LAUREANO.—(*Asombrado.*) ¿De qué te hilarizas?
SALUQUI.—Lo que etá hasiendo er zeñó Crótido con ezte decierto, e que etá ganando ma dinero que nunca, zeñó Laure.
LAUREANO.—Dinero platónico, como el de tus propinas.
SALUQUI.—Pazta efertiva. Ayer, miz pezeta de recaudasión.
LAURllANO.—¡Mi madre política! Pero qué me rediocomunicas.
SALUQUI.—(*Viendo pasar a Crótido por el ventanal.*) Ahí está el amo; él ze lo explicará todo. (*Vase a la cocina.*)

ESCENA II

Señor Laureano *y* Crótido, *otro viejo castizo.*

CROTIDO.—(*Entrando.*) ¡Adiós, Laure!
LAUREANO.—(*Levantándose.*) ¡Hola, Croti!
CROTIDO. — (*Dándose la mano.*) ¿Qué te cuentas, tobillerito?
LAUREANO.—Chico, pues no pensaba contarte ni dos gordas, en vista de lo que atisbo; pero me ha dicho el Saluqui que estáis nadando en la superabundancia.
CROTIDO.—Y nadando con calabazas. Tú sabes, Laure, que yo tenía este establecimiento a reventar.
LAUREANO.—Como que te se salía la gente por las ventanas.
CROTIDO.—Pues bueno; de pronto, me se ha sumido en el vacío, quedándome un parroquiano na más, ¡uno! Pero con el cual, por cosas que te diré, gano doble que antes, y como es de consiguiente, con la milésima parte del gasto.
LAUREANO. — ¡Gachó!... ¿Y quién es ese parroquiano fantasma y adinerado?
CROTIDO.—Pues na; un tío la mar de raro, que le gusta ir al café y tomar café solo, pero solo, en toda la extensión; es decir, sin leche y sin concurrencia.
LAUREANO.—¡Mi madre, qué original!
CROTIDO.—El lo que no puede aguantar es ver otro parroquiano en una mesa.
LAUREANO.—¡Repringue, qué raro!
CROTIDO.—Entra uno inadvertido, ¿sabes?, y al principio, pa que se vaya, le tira bolitas de papel, migas de pan, aceitunas, y si no se va, le tira los bocks y las sillas, y así sucesivamente.

LAUREANO.—Sí, hasta que te ha dejado sin el gato.

CROTIDO.—Ahora, que todo hay que decirlo: el tío paga con una esplendidez que atufa. Anoche cenó aquí con una socia; pues seiscientas pesetas de gasto, y eso que no la dejó tomar más que quisquillas, porque era lo único que no le gustaba.

LAUREANO. — ¡Qué mala pata! Pero, en fin, si paga bien...

CROTIDO.—Esta noche viene a cenar con dos o tres amigos; verás las bofetás.

LAUREANO. — (*Algo receloso, levantándose.*) Bueno, tú; pues tanto gusto.

CROTIDO.—(*Obligándole a sentarse.*) No t'apures, que aun tardará. ¡Calla, parece que en la calle...!

LAUREANO.—(*Levantándose, asustado.*) ¿Adónde da esa puerta? (*Primera derecha.*)

CROTIDO.—(*Que ha abierto la mampara.*) Aguarda, que no es él.

LAUREANO.—(*Sentándose.*) Bueno, no importa; que me hagan tila. ¡Gachó, qué susto!

ESCENA III

DICHOS. *Por el foro derecha vienen* ROSARILLO «*la de Carmona*» *y el* SEÑOR FRASQUITO «*el Canario*». *Son dos artistas de flamenco. El trae una guitarra, en la cual bordonea; ella viene dando jipíos por lo bajo. El* SALUQUI *vuelve a salir de la cocina y se arrima al mostrador. Este personaje, durante el resto del cuadro, hará cuantas entradas y salidas sean necesarias para el servicio de las mesas.*

ROSA.—(*Abre la mampara y entra.*) Güena noche.

FRASQUITO.—(*Que la sigue.*) Felises... y solitarias. (*Se acercan al mostrador.*)

CROTIDO.—¿Qué serán estos tipos?

LAUREANO.—Un disco Pathé, al parecer.

SALUQUI.—Utede dirán.

FRASQUITO.—¿Me podría usté poné de carita al amo?

SALUQUI.—(*Le señala.*) Aque zeñó e. Aquí le buscan, don Crótido.

FRASQUITO.—¿Has oído? Se yama Crótido.

ROSA.—Tie nombre e medisina: Crótido surfúrico.

FRASQUITO.—(*Avanzando a su encuentro, seguido de Rosario.*) ¿E usté?
CROTIDO.—Para servirle.
FRASQUITO. — Tanto gusto. Yo soy Frasquito, er «Canario».
LAUREANO.—Se le nota.
FRASQUITO.—Y aquí, la joven, mi hija.
LAUREANO.—No se le nota.
CROTIDO.—¿Artista de flamenco?
ROSA.—¿De flamenco, dise?
FRASQUITO. — ¿Osté ha oído hablá de la «Niña e los Peines»?
LAUREANO.—Sí, señor.
FRASQUITO.—(*Con desprecio.*) Pue, al lao de ésta...
ROSA.—Una lendrera.
FRASQUITO.—¡Na ma que ezo! (*En son de muletilla.*) Como que yo le voy a poné la «Niña del Necesaire», que hay de to: peines, cepillos, tijeras...
LAUREANO.—¿Y usté toca?
FRASQUITO.—¿Que si toco? ¿Usté ve esta guitarra? (*Cogiéndola con la mano derecha y haciéndola mover cerca de la cara de Laureano.*)
LAUREANO.—Creo que sí.
FRASQUITO.—Bueno; pues tocá por mis manos...
CROTIDO.—¿Habla?
FRASQUITO.—Gesticula. ¡Na ma que eso!
LAUREANO.—Retírela, que me ha guiñao un ojo.
CROTIDO.—Bueno; ¿y qué se les ofrece?
FRASQUITO.—Que nos ha contratao don Quintín, y nos ha dicho (*Al oír el nombre, Laureano da un respingo en la silla.*): «Irse pa allá, presentarse al amo y aguardá por ayí, que esta noche voy à juerguearme con unos amigos.» Y aquí estamo a eperarle; no tardará.
LAUREANO.—(*Se levanta.*) Bueno, tú; pues yo he tenido tanto gusto.
CROTIDO.—Espérate, hombre. (*Se sienta.*) Siéntense donde gusten y tomen lo que quieran. (*Al mozo.*) ¡Saluqui!... A ver qué quiere ese canario. (*Frasquito y Rosario se sientan en la mesa número tres: ella, frente al público; él, de espaldas a la puerta.*)
FRASQUITO. — (*A Saluqui, que se aproxima.*) Yo, una caña.
SALUQUI.—¿Pa zartá?

FRASQUITO.—¡De manzaniya, so asaúra!

SALUQUI.—¿Y la señora?

FRASQUITO.—La zeñora, de artista que e, no toma na, como no esté distraída.

ROSA.—Pero tráigase un bisté, que hoy todo me e indiferente.

FRASQUITO.—¡Na ma que ezo! (*Saluqui, después de poner el mantel y el servicio, sirve lo pedido.*)

ESCENA IV

DICHOS. ANGELITO *y* SEFINÍ, *que vienen por el foro derecha.*

SEFINI.—(*Entreabre la puerta y mete la cabeza, con un pánico que no disimula.*) ¿Ha ve..., ha... ve...?

CROTIDO.—¿Ave María Purísima?

SEFINI.—No. ¿Que si ha venío don Quintín?

CROTIDO.—Todavía no.

SEFINI.—(*A alguien que le sigue.*) Pasa sin miedo, tú, que no ha venío. (*Va a dejar el sombrero en el perchero de la derecha.*)

ANGELITO.—(*Asomándose con cara de espanto.*) ¿No..., no..., no me engañan ustedes?

CROTIDO.—No, hombre; pase sin cuidado. (*A Laureano.*) Son los amigos de don Quintín.

LAUREANO.—¡Qué mal color y qué temblorosos!

CROTIDO.—¿Tú sabes lo que sufren?

LAUREANO.—Ya se les nota.

SALUQUI.—(*Encontrándose con Angelito, que ha ido a colgar su sombrero en el perchero de la izquierda.*) ¿Van ustedes a tomar algo?

ANGELITO.—No; hazme el favor de un poco de agua pa una medicina. (*Se la sirve. Angelito saca un frasco cuentagotas y echa unas en la copa.*)

CROTIDO.—¿Qué medicina tomas?

ANGELITO.—Un recalcitrante cardíaco. Dos gotas de canguelina boricada. (*Bebe.*) Estoy, que me dan unas sacudidas... (*Hace gestos.*)

SEFINI.—(*Avanzando al centro.*) Estamos que no vivimos, señor Crótido.

CROTIDO.—¿Sigue fiero don Quintín?

SEFINI.—Desde que se le ha escapao la hija, es un tigre. ¡Un chacal!... ¡Una hiena!...

LAUREANO.—¡Ah! Pero ¿se le ha escapao una hija?
ANGELITO.—(*Acercándose al grupo.*) Con un chofer, hace un mes.
SEFINI.—Y nos ha encargao a nosotros el buscarla.
CROTIDO.—¿Y no dan con ella?
SEFINI.—Por parte ninguna.
LAUREANO.—Pero ¿la han buscao ustés bien?
ANGELITO.—No nos ha quedao rincón en el radio y extrarradio que no escudriñemos.
CROTIDO.—¿Han mirao ustedes en la posá del Peine?
ANGELITO.—Púa a púa. ¡Si yo he mirao hasta dentro del caballo de la Plaza Mayor, a ver si estaba allí!
LAUREANO.—¿Y por dónde ha mirao usté?
ANGELITO.—Por detrás de don Felipe, pa no molestarlo. Y, claro, cada vez que decimos a ese tío que no damos con ella, se arma una de bofetás que paece una ovación a Fleta.
SEFINI.—Pero lo grave ha sido lo de hoy.
CROTIDO.—¿Qué ha pasao?
SEFINI.—Na; que yo le he dicho a éste: «¿Quies que le digamos que hemos averiguao que los tórtolos se han ido a la Argentina, y así nos quedamos libres?»
ANGELITO.—Y yo, conforme con ello, esta mañana se lo he ido a decir en una tienda de ultramarinos, donde le he encontrao comprando café de las tres mezclas. Y voy, entro y se lo digo...
CROTIDO.—¿Y qué?
ANGELITO.—Na; que me metió el paquete, así, por los hocicos, y toavía escupo de lo que me pidan: Moka, Caracolillo, Puerto Rico... ¡Tengo granos hasta en la empligotis!
LAUREANO.—¡Gachó!... ¡Qué bestia!
SEFINI.—¡Usté qué sabe!
ANGELITO.—Porque antes tenía ratos pasables; no mordía más que objetos inanimaos. Pero ahora es que la ferocidad le llega hasta la comida. Se va a un restaurán a almorzar, y paece que se va a matar con el camarero. (*Gritando.*) «¡A ver esos riñones!» «¡Párteme los sesos!» «¿Quién me va a dar a mí una chuleta?» No come patatas, si no se han pegao antes. Le preguntan: «¿Cómo quiere usté los huevos?», y grita: «¡Que los estrellen!» Y usté sabe que to el mundo pide una botella de vino pa alegrarse. Pues no, señor; él la pide pa apurarla. ¡Y así no se puede vivir, hombre, apurando hasta al Rioja clarete! (*Sube hacia el ventanal.*)

SEFINI.—Pues esta noche, viene de quemao, que echa hollín. ¡ Muerde!... ¡ Araña!... ¡ Cocea!...

LAUREANO.—(*Levantándose.*) Bueno, tú; pues tanto gusto. No quiero que ese huracán me coja a cuerpo.

ANGELITO.—(*Tembloroso.*) ¡ ¡ El!!

LAUREANO.—¡ Mi madre!

SEFINI.—(*Que le ha abierto la mampara.*) ¡ Ya está ahí! (*Entre los tres obligan a sentarse a Laureano.*)

ANGELITO.—No se mueva usté, que es peor.

LAUREANO.—Es que...

CROTIDO.—¡ Quieto..., que es mejor!

ANGELITO.—Déjelo usté que entre, y luego, con naturalidad, se marcha usté sin que lo note.

LAUREANO.—¡ Mi madre!... ¡ Si se fija!

CROTIDO.—Tú haz como si no le conocieras. (*Angelito y Sefiní se sientan en la misma mesa que Laureano; el primero, frente al público. Crótido queda de pie, a la derecha de Laureano. Saluqui, medroso, se arrima al mostrador.*)

LAUREANO.—Leeré «La Voz». (*Lo hace, pero le tiembla exageradamente el periódico.*)

CROTIDO.—¿Qué te pasa?

LAUREANO.—Que con lo que me han contao éstos, me he puesto un poco nervioso y me tiembla «La Voz».

ESCENA V

DICHOS, DON QUINTÍN, *que viene foro izquierda. Don Quintín, que trae el sombrero echado sobre la nariz, viene siniestro. Entra lentamente, mirando con fiereza a un lado y a otro, y al sentarse, a la izquierda de la mesa número uno, da con la silla en el suelo un fuerte golpe que hace estremecer a todos.*

CROTIDO.—(*Acercándose.*) Buenas noches.

QUINTIN.—¡ Horrendas! (*Con acento trágico.*)

CROTIDO.—¿Cómo está usté, don Quintín?

QUINTIN.—¡ Frenético!

CROTIDO.—Ya me han dicho ésos que la chica...

QUINTIN.—Ha huído a América. ¡ Donde pongo la mano, una maldición! Y esta sombra negra, ¿por qué? ¡ Si se partiera el mundo a cachos! ¡ Maldita Humanidad!

SALUQUI.—(*Acercándose con cara sonriente.*) ¿Qué va a ze?

QUINTIN.—(*Dando un puñetazo.*) ¡ Rayos!

SALUQUI. — (*Se aparta rápido y aterrado.*) No quedan. (*Pausa.*)
QUINTIN.—(*A Crótido.*) Que se acerquen esos sinvergüenzas.
CROTIDO.—(*Avanzando hacia Angelito.*) Que se acerquen ustedes.
QUINTIN.—(*Con ira.*) Los otros. (*Por Frasquito y su hija.*)
CROTIDO.—Bueno; que se acerquen todos los sinvergüenzas que haya. (*Angelito y Sefiní se sientan en la mesa de don Quintín, ambos frente al público. Frasquito y Rosario, trayéndose las sillas, quedan un poco separados de la mesa.*)
LAUREANO.—(*Aparte, a Crótido.*) (¿Yo también?)
CROTIDO.—(Tú, quieto.)
QUINTIN.—(*A Angelito.*) ¿Qué vais a tomar, bandidos?
ANGELITO.—Lo que a usté le guste más.
QUINTIN.—Veneno.
ANGELITO.—Creo que se ha acabado.
SALUQUI.—Se lo han tomao las ratas.
QUINTIN.—(*A Frasquito.*) ¿Hace mucho que esperan ustedes?
FRASQUITO.—Un rato.
QUINTIN.—¿Cuánto?
FRASQUITO.—Lo que a usté le paezca..., de media hora pa arriba. (*Sentándose.*)
QUINTIN.—¡Hola, niña!
ROSA.—(*Avanzando hacia él con la mano extendida para saludarle.*) ¡Dios le guarde, don Quintín!
QUINTIN.—¿A mí?... ¿Pa qué?... No te doy la mano porque tú no tienes la culpa de nada.
ROSA.—¡Tenía yo mucha gana de conoserle! (*Vuelve y se sienta a la derecha de su padre.*)
QUINTIN.—Peor para ti. Esta noche quiero hacer como que me divierto. ¿Oyes? ¡Quiero olvidar! (*A Saluqui.*) Tú, idiota, sirve.
SALUQUI.—(*Temblando.*) ¿Qué va a ze?
QUINTIN.—Cada uno, lo que quiera. Yo, jamón serrano, aceitunas sevillanas, gambas...
SALUQUI.—¿Qué vino?
QUINTIN.—Peleón.
SALUQUI.—Está bien. (*Sirve todo lo pedido, colocando antes sobre la mesa mantel y servicio.*)
QUINTIN.—Pero..., ahora me fijo... (*Por Laureano.*) ¡Un parroquiano! ¿Cómo es eso? ¿Qué hace ahí ese imbécil?

LAUREANO.—(*Temblando.*) (¡Ay, que me alude!)
CROTIDO.—Es un señor que... el pobre...
QUINTIN.—¿Qué lleva ese tío en el sombrero?
LAUREANO.—(¡Se ha fijao!)
CROTIDO.—Nada, que como es socio del Rácing Club, lleva la insignia. Ya sabrá usté que ahora es moda.
QUINTIN.—Pues voy a ver si le meto un balazo en el distintivo. (*Saca la pistola y apunta. Todos le sujetan.*)
LAUREANO.—¡Rediez! (*Aterrado, se quita el sombrero y lo tira cerca de la mesa de don Quintín.*)
QUINTIN.—¡Chist!... ¡Cúbrase usté!
LAUREANO.—Gracias; es comodidaz.
CROTIDO.—Don Quintín, por Dios, no se meta usté con él, que este señor es un amigo y pariente mío.
LAUREANO.—(*Con brusquedad, levantándose y dando un puñetazo en la mesa.*) Sí, señor. (*Avanza hacia don Quintín.*) Y no le digo que tengo mucho gusto de conocerle, porque yo no tengo gusto en conocer a nadie. Me importa todo tres cominos. ¡Soy un amargao! (*Da un puñetazo sobre la mesa de don Quintín; todos se levantan, asombrados.*)
QUINTIN.—¡Hombre!... ¡Choque usté! Siéntese aquí. (*Le obliga a sentarse violentamente; Laureano, sobreponiéndose al miedo, vuelve a levantarse.*) ¿Qué va usté a tomar?
LAUREANO.—No siendo riñones a la broche, que me sientan mal, lo que usté quiera.
QUINTIN.—(*A Saluqui.*) Que le traigan riñones a la broche; tres raciones.
CROTIDO.—(*Aparte, a Laureano.*) (¿Cómo dices que no te gustan, si rabias por ellos?)
LAUREANO.—(¡Que le he cogido el tingli a este tío!) La cerveza también me repuzna. (*Dando un nuevo golpe en la mesa.*)
QUINTIN.—Tráete un jarro.
LAUREANO.—(¡Me hincho y de guagua!) Ahora, no me exija usté que me fume un habano al final, porque eso...
QUINTIN. — Ya veremos. (*Pasando al lado de Rosario.*) Bueno, niña; venga esa canción. ¡Y pide a Dios que me guste! Y usté (*A Frasquito.*), o toca bien o le hago astillas la guitarra. (*A los demás.*) Y al que no jalee con precisión, le rompo la crisma.
ANGELITO.—¡Eso! ¡Alegría! ¡Alegría!
FRASQUITO.—¿Qué vas a cantá, niña?

ROSA.—Pos le cantaré la cansión der «Niño de Plata», que hay dos muerte.

QUINTIN.—¡Pocas son!

ANGELITO.—El caso es divertirse.

ROSA.—Pos allá va. (*Quintín vuelve a ocupar su asiento; a su derecha, y frente al público, Laureano, Angelito y Sefini; un poco separados de la mesa, también sentados, Frasquito y Rosario. Crótido, de pie, atendiendo a todos, y Saluqui sirviendo lo que piden.*)

MUSICA

Er «Niño de Plata» ronda
la reja de su gitana
y descubre entre las sombras
a un rival, que allí le aguarda,
y en noble y feroz pelea,
er «Niño», con odio y rabia,
clava en el pecho del otro
la hoja de su navaja.
Y preso en la celda,
de noche y de día,
cantaba esta copla,
gitana y bravía:
«Según er «Niño de Plata»,
por la mujer que uno quiere,
cuando hay que matar, se mata;
cuando hay que morir, se muere.»

Cumplida ya la condena,
va el mozo a tomar venganza
de un gitano que, en su ausencia,
se hizo el dueño de la ingrata;
y en noche de blanca luna,
brillar se ven dos navajas,
hasta que una mano diestra
golpe certero descarga.
Y er «Niño de Plata»
su vida perdía,
cantando esta copla
gitana y bravía:

«Según er «Niño de Plata»,
por la mujer que uno quiere,
cuando hay que matar, se mata;
cuando hay que morir, se muere.»

HABLADO

ANGELITO.—¡Alegría! ¡Alegría!

SEFINI.—(¡Pa ponerse de luto!)

CROTIDO.—¡Bonita canción!

QUINTIN.—¡Muy frívola!

ANGELITO.—¡Hombre, claro que más bajas hubo en Verdún; pero, vamos...! (*Saluqui coloca la mesa número tres pegada a la de don Quintín, y acercan las sillas: Rosario, frente al «amargao», y Frasquito, de espaldas al público.*)

ESCENA VI

DICHOS. TERESA *y* PACO. *Entran muy arregladitos de indumentaria y muy alegres; colocan abrigos, y él su gorra, en el perchero de la derecha.*

PACO.—Buenas noches.

QUINTIN.—¡Hombre! ¡Una parejita!

PACO.—Pasa, Tere, que hemos dao con un establecimiento simpático y tranquilo, si los hay.

CROTIDO.—(*Asustado.*) ¡Mi madre!... ¡Qué han hecho estos desgraciaos!

TERESA.—¡Qué poco personal!

PACO.—Mejor. ¿Pa qué quies tumultos? Verás qué tranquilitos cenamos aquí. (*Se sientan en la mesa número cuatro; ella, frente a don Quintín, y él, frente al público.*)

LAUREANO.—(¡Que te crees tú eso!)

SEFINI.—Han caído dos tórtolos.

ANGELITO.—¡Parroquia, don Quintín!

QUINTIN.—(*Riendo cruelmente.*) ¡Me da el corazón que por poco rato! ¡Mira por dónde voy a distraerme!

TERESA.—¿Guisarán bien aquí, tú?

PACO.—¡Anda!... ¡Si este cocinero tiene fama! ¡Ya verás cómo nos ponen aquí las costillas!... Te vas a chupar los dedos. Es decir, yo te los chuparé, pa que no te molestes.

TERESA.—¡Calla, tonto!

QUINTIN.—¡Y se ponen melosos!... Me parece a mí que... *(Coge una botella y la bolea, como para tirarla. Todos lo evitan.)*

CROTIDO.—¡Por Dios, don Quintín!... ¿Quie usté que les diga que se vayan?

QUINTIN.—De ninguna manera; me voy a entretener en echarlos. ¡Les amargo la noche! ¿No sufro yo? ¡Que se reviente el mundo!

ROSA.—(¡Qué mala zangre!... ¡Le tie que castigar Dios!)

TERESA.—Oye, ¡cómo nos miran aquellos señores!

PACO.—Claro, la natural curiosidad. Que dirán: «¡Vaya una parejita! Ella, guapa; él, garboso.»

TERESA.—Postinero.

PACO.—Que se puede. ¿Me quieres, chacha?

TERESA.—Ca día más, Paquete.

PACO.—Dame un beso.

TERESA.—¡Que nos van a ver!

PACO.—Me pongo el parabrís. (*Se pone un periódico delante.*)

SALUQUI.—(¡Me dan lástima!) Yo voy a ver si consigo que se vayan. (*Se dirige a la mesa, colocándose entre los dos, limpiando la mesa.*) Buenas noches.

PACO.—¡Hola, camarerito! (*A Teresa.*) Mia qué camarero tan simpático, tú.

SALUQUI.—¿Qué van a tomá: una servesita pa irse corriendo al teatro?

PACO.—¡Corriendo, dice!

TERESA.—Si venimos a cenar.

SALUQUI.—(¡Mi madre!) ¿Ez que no zé zi zabrán ustedes que hemos cambiao de cosinero?

PACO.—¡Qué más nos da!

SALUQUI.—(*Colocando mantel y servicio, que coge de la mesa de al lado.*) Bueno, pue ligerito; ¿qué va a ze?

TERESA.—Tráigase una docena de pájaros fritos y media de Rioja blanco, pa hacer boca.

PACO.—Y luego, he visto ahí fuera que el plato del día es macarrones a la italiana, como tos los días; conque tráete dos de plato del día.

SALUQUI.—Misté que los macarrones cuesta mucho trabajo comérselos.

PACO.—No le hace, tenemos tiempo.

SALUQUI.—(Les sirvo como una sentella, pa que se vayan los pobres.) (*Entra corriendo por la primera izquierda.*)

TERESA.—Oye tú, Paco, que aquellos señores siguen mirando y riéndose.
PACO.—Que les habremos caído en gracia.
TERESA.—No, no; me paece a mí que es así como si se burlaran. Uno me ha enseñao una copa y me ha dicho: «Misa.»

PACO.—Pues eso no es malo; si te ha dicho misa... (*Don Quintín hace bolitas con migas de pan.*)
ANGELITO.—(*Riendo.*) ¿Ya va usté con las municiones?
QUINTIN.—Espero que empiecen a cenar. Nos vamos a reír.

ANGELITO.—(¡Si no trae browing!)
SALUQUI.—(*Saliendo precipitadamente con fuentes de metal en las que lleva las viandas y sirviéndolas a Paco y a Teresa, desde el mismo sitio que ocupaba.*) Aquí está esto, que está disiendo: «Comedme»; pero comedme de prisita.

PACO.—¿Y por qué de prisita? Noto en usté una cosa rara, camarero; mira usté a esos señores, nos mira usté a nosotros...

SALUQUI.—(*Confidencialmente.*) No, zabe usté, e que me zon ustedes muy zimpáticos y aquel zeñó que está de cara a la meza, ¿etá usté?, e un tío de ezo de mal arate que ze mete con to er mundo.

PACO.—¡Caray!
SALUQUI.—¡Un matón!
TERESA.—¿Y qué es eso?
SALUQUI.—Pues un tío que er día que no entierra a uno, paece que le farta argo.
TERESA.—(*Que está sirviendo los pájaros, tira tres o cuatro, asustada.*) ¡Qué mal gusto!

SALUQUI.—Y yo zentiría que a utede...
TERESA.—¡Ay, Paco, qué miedo! ¡Claro, así notaba yo que no nos quita ojo!
PACO.—(*Contrariado.*) ¡Caramba!
SALUQUI.—Pero créanme; coman de prisita y disimulen, y lo más prontito posible... (*Indicación para que se vayan.*)
TERESA.—¡Ay, Paco, sí; vámonos pronto, que es un señor muy mal encarao! Yo comeré a escape; verás. (*Come.*) ¡Caray!... (*Sopla los macarrones.*) ¡Cómo queman!
SALUQUI.—(*Ayudándoles con la acción.*) Anden, de prisa.
PACO.—(*Tratando de comer.*) ¡Pero qué de prisa, si nos ha traído usté dos raciones de brasero!

SALUQUI.—¡Animo con los pájaros!... ¡Cómanselos volando!

TERESA.—Pero ¿usté ha visto a nadie que se coma un pájaro volando?

SALUQUI.—Hay ocasiones en que sí. ¡Duro con los macarrones!... ¡Que no se le enreden!

TERESA.—(*Tratando de comer.*) Pero si es que los macarrones no son pa una prisa. Está una comiendo un cuarto de hora, y le sobra un metro. (*Don Quintín tira una miga de pan.*)

PACO.—(*Llevándose la mano a un ojo.*) ¡Mi madre!

TERESA.—¿Qué ha sido?

PACO.—Que creo que me han tirao una miga de pan.

SALUQUI.—¡Disimule, por Dios!

PACO.—No puedo; que me han dao en un ojo y he tenío que guiñarlo.

SEFINI.—¡Blanco!

ANGELITO.—¡Qué puntería! (*Se ríen.*)

PACO.—¿Estás viendo? Entramos a cenar tranquilamente, y fíjate. ¿Y qué hace un hombre? ¿Me voy a jugar yo la vida por una miga de pan?... ¡Maldita sea!

TERESA.—No, Paco de mi alma; que no vale la pena, por Dios. Acaba y vámonos en seguida.

PACO.—Eso, no, que no es pa tanto. A más, que si nos vamos ahora, me se van a reír hasta los macarrones. (*Don Quintín repite.*) ¡Recontra! ¡Otra miga!... ¿Qué hago, tú, que me han dao en la nariz?

TERESA.—¡Prudencia, Paco! Anda, vámonos, que ya he acabao. Yo no quiero más.

PACO.—¡Mi madre!... ¡Si fuera yo solo, ya les diría yo!

QUINTIN.—A ver, Saluqui. (*Este acude.*) Una de riñones pa un parroquiano. (*Todos ríen.*)

TERESA.—Eso es por ti; disimula.

QUINTIN. — Aunque me parece que no quedan riñones, ¿verdá?

FRASQUITO.—Na ma que ezo.

ANGELITO.—Hay sujetos que les tira usté la tahona de las Descalzas en bolitas, y la soportan.

FRASQUITO.—¡Na ma que ezo! (*Ríen.*)

PACO.—¡Maldita sea! (*Llamando.*) Camarero.

SALUQUI.—(*Acudiendo.*) ¿Qué quien ustede de postre?

TERESA.—¡Un aroplano! Anda, Paco; vámonos pronto. No los mires, desprécialos.

PACO.—(*Dando un billete.*) Cobre usté. ¡Que me ven contigo! ¡Golfos!... Amonos. (*Se levantan. Don Quintín tira una aceituna.*)

TERESA.—¡¡Ay!! (*Quejándose.*)

PACO.—(*Aterrado.*) ¿Qué ha sido?

TERESA.—(*Saltándosele las lágrimas.*) Nada..., que ahora me han dao a mí en la cara.

PACO.—(*Con ira, demudado.*) ¿A ti?... ¿Qué t'han dao a ti? ¿Y t'han hecho daño?

TERESA.—No, nada, déjalo; con esa aceituna.

PACO.—¿Con ésta? ¡Pues esto sí que no! (*La coge y se la guarda.*) Anda a la calle... ¡Vamos!

TERESA.—(*Llorando.*) Cálmate, Paco.

PACO.—Que vámonos, te digo. (*Se ponen los abrigos. Paco mete un brazo, pero de la ira que tiene, no puede meter el otro, a pesar de sus respectivas tentativas, y ayudado por Saluqui.*)

ANGELITO.—¡Ya se van!... ¡Ya se van!

SEFINI.—¡Muy bien, don Quintín!

ANGELITO.—¡No es usté nadie expulsando parroquia!

LAUREANO.—¡Le ha dao usté las dos veces!

QUINTIN.—Pero ¿a un tío tan blanco, quién no le atina?

SEFINI.—Ha estao usté pa un primer premio.

FRASQUITO.—¡Na ma que ezo! (*Todos ríen.*)

ANGELITO.—Se va, de aturullao, que no hay quien le meta el brazo en la manga.

SALUQUI.—(*A Paco.*) Tres duros que sobran.

PACO.—(*Dándole un manotón.*) Tíralos. (*Empuja a Teresa.*) Anda, pronto. (*Vanse a la calle.*)

ANGELITO.—¡Ni la vuelta ha cogido, de miedo!

ESCENA VII

DICHOS, *menos* TERESA *y* PACO.

ROSA. — (*Levantándose compasiva y separándose un poco del grupo.*) ¡Pobre joven! (*Mira a don Quintín con desprecio.*)

QUINTIN.—¿Te ha dao lástima?

ANGELITO.—(*Muerto de risa.*) ¡Había que verle comer los macarrones!... ¡Se los subía a la boca con garrucha!

FRASQUITO.—¡Bueno, don Quintín; tie uté una grasia!...

ROSA.—Pos a mí no me la ha hecho.

FRASQUITO.—¡Oye, tú, niña!
QUINTIN.—Pero ¿qué estás diciendo?
ROSA.—Que no me la ha hecho, ea. Estos son hombres y le tienen a osté miedo, pero yo soy mujé y le quio desí a osté la verdá. La broma ha tenío mu mala pata, amigo. (*Separándose con desprecio.)*
FRASQUITO.—(*Yendo a su encuentro.*) Cáyate, niña.
ROSA.—No quiero.
QUINTIN.—Déjela usté.
ROSA.—Cuando me hablaron de usté y de su való, creí que era otra cosa; pero hoy, al verle a osté lo que ha hecho, rodeao de sinco o seis amigo, con un pobre chico que va con una mujé, me he yevao un desengaño.
QUINTIN.—Oye, niña: eso lo hago yo con ese gurriato y con... (*Se abre la puerta.*)

ESCENA VIII

DICHOS *y* PACO.

PACO.—(*Que aparece en la puerta, lívido, pero con aire resuelto.*) Buenas noches. (*Tira gabán y gorra sobre una silla. Crótido, Frasquito, Laureano y Sefiní se colocan, disimuladamente, en segundo término. Saluqui queda junto a la mesa, cuyo servicio recogía, y Rosario, hacia la derecha.)*
QUINTIN.—¡¡El!!
ANGELITO.—¡Mi madre!
SALUQUI.—¡Qué cara trae! (*Pausa.*)
PACO.—(*Avanzando hasta llegar a la mesa donde siguen sentados don Quintín y Angelito; al llegar, saca del bolsillo, donde la guardó, una aceituna y se la presenta a don Quintín, con la mano izquierda.*) ¿Ha sido usté el que le ha tirao a la joven que venía conmigo esta aceituna?
QUINTIN.—(*Tranquilo, pero grave.*) ¿A ver? (*La mira.*) Sí, señor.
PACO.—(*Poniéndosela a tres centímetros de la boca.*) Pues se la va usté a comer. (*Expectación.*)
QUINTIN.—(*Menos tranquilo.*) ¡Hombre!...
PACO.—(*Imperativo, sacando de la americana una pistola y encañonándole.*) ¡Cómasela usté! ¡Cómasela usté o le mato!
QUINTIN.—Venga. (*Sonríe cínicamente, y entre el asombro de todos, se la come.*) ¿El hueso no querrá usté que me lo trague? (*Se lo devuelve.*)

PACO.—No. El hueso se lo va a tragar... (*Los mira a todos.*) este señor.

ANGELITO.—¿Yo? (*Aterrado.*)

PACO.—Trágueselo usté.

ANGELITO.—Oiga usté, que...

PACO.—(*Apuntándole con la pistola.*) Trágueselo usté, en seguida.

ANGELITO.—Caray, pero... (*Hace esfuerzos para tragárselo, entre una tos convulsiva.*)

PACO.—(*Tirando a Frasquito encima el contenido del bock de cerveza.*) Y esto, pa usté.

FRASQUITO.—¡M'ha tirao el bock!

PACO.—¡Na más que eso! (*Coge tranquilamente gabán y gorra.*) Buenas noches. (*Vase tranquilamente.*)

ROSA.—¡¡Un hombre!!

LAUREANO.—Pero ¿qué han visto mis ojos? ¡¡Se la ha comido usté!!

QUINTIN.—Ese venía por mí. Si no me la como, me mata. Había que pararle la acción. Yo le buscaré y daré con él. ¡Por éstas!

CROTIDO.—(*A Angelito, que sigue haciendo visajes y atragantándose.*) Pero a usté, ¿qué le pasa?

ANGELITO.—Na, lo de siempre: ¡que me ha tocao a mí el hueso! (*Música en la orquesta. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta de los barrios bajos de Madrid. La línea de casas empieza en el segundo término izquierda; luego desemboca en una plazuela, que tiene varias acacias raquíticas y bancos de piedra. A la derecha, segundo y último término, calles que desembocan en la plazuela también. La primera casa de la derecha es una taberna, con una puerta practicable. En el chaflán de la izquierda, el portalillo de una casa humilde, practicable, marcada con el número 7. Es a la caída de la tarde, en otoño; las luces del alumbrado público, encendidas. En la esquina de las calles de la derecha, una castañera con su puestecillo. Es domingo, y la gente pobre, vestida de fiesta, se retira de paseo.

ESCENA PRIMERA

DON QUINTÍN, *a la puerta de la casa practicable.* NIÑAS *que juegan al corro cerca de él. Un* CANTADOR *en la taberna. La* CASTAÑERA *y una* CHAVALILLA. *Un* VIEJO *y una* VIEJA. *Una pareja amorosa, que discurre por la plazoleta.* HORTERAS *y* DONCELLAS. FELISA, *la* MADRE, *el* MANOLI, *amigos y amigas, y al final,* SEFINÍ.

(Al levantarse el telón aparecen las niñas jugando al corro.)

NIÑAS. ¡Qué bonita eres!
¡Qué bonita vas!,
cuando te paseas
con el colegial.
¡Ay!... ¡Ay!,
con el colegial.

QUINTIN.—(*Que acecha paseando, molesto por los gritos agudos de las niñas.*) ¡Queréis callar ya, con cien mil demonios! (*Las niñas, asustadas, callan.*)

NIÑA 1.ª—¡Ay, hijo; pues porque usté tenga mal humor, no nos vamos a callar nosotras!

QUINTIN.—¡Irse a cantar al infierno!

NIÑA 1.ª—¡Me da miedo!

NIÑA 2.ª—¡Mia el tío fúnebre!

QUINTIN.—(*Amenazador.*) ¡Largo! (*Las niñas huyen, dispersándose como una bandada de pájaros, por el foro derecha.*)

CANTADOR.—(*En la taberna. Cantando.*)

Si te casas en domingo,
el lunes ya estás casao,
y preguntarás el martes
dónde venden al fiao.

(*Dos hombres han salido de la taberna, y después de comprar castañas vanse por la calle del fondo. Otro sale por la calle de la izquierda y se mete en la taberna. Una mujer sale de la casa y vase por el fondo.*)

CASTAÑERA. — (*Pregonando.*) ¡Cuántas, calentitas, cuántas! ¡Que queman!... ¡Cuántas! (*La pareja amorosa se pasea entre las acacias.*)

CHAVALILLA.—(*Saliendo por la calle del fondo.*) ¿Cuántas da usté por cinquito?

CASTAÑERA.—Tres y las cáscaras.

CHAVALILLA.—¡Qué pocas!

CASTAÑERA.—Llévate un real y te doy quince y un número pal sorteo de un chalé que rifo en la Fuente de la Teja.

CHAVALILLA.—¿De la Teja? ¡Permita Dios que le caiga a usté! Venga diecito y dé usté propi.

CASTAÑERA.—(*Echando castañas en un cucurucho de pa-*

pel.) Toma, rica, una; que tú no te pierdes aunque vayas solita.

CHAVALILLA.—*(Al ver las castañas.)* ¡Huy, qué quemás!

CASTAÑERA.—¡Que s'han enterao de lo de Marruecos! *(La chavalilla vase por la otra calle.)*

QUINTIN.—¡No viene!... ¡No le veo!... ¡Maldita sea! Pero no importa; o doy con él o pierdo la vida. De esta noche no pasa. *(Por la calle de la izquierda. Un viejo y una vieja. Cantado.)*

VIEJA. Cincuenta años justos
llevamos casaos.
VIEJO. Y tos los domingos
la hemos agarrao.
VIEJA. Y en nuestros bolsillos
nunca ha habido un real.
VIEJO. Pero hay alegría
que es lo principal.

(Entran en la taberna. Por la izquierda suena una pianola.)

QUINTIN.—*(Hablando.)* ¡Me revientan los domingos! ¡Las fiestas me ponen frenético! ¡Cochina Humanidad! ¡Qué afán de divertirse! Y uno, con este odio en el alma... ¡Con esta ira!... *(La pareja amorosa baja a primer término y se despiden.)*

ELLA.—¡Adiós, negro!

EL.—¡Adiós, Socorro!

ELLA.—Que t'acuerdes un ratito.

EL. — ¡Si dice mi madre que por las noches le doy ca susto!...

ELLA.—¿Sueñas?

EL.—Que pido Socorro a voces; na más.

ELLA.—Que avise a los bomberos.

EL.—Chata.

ELLA.—¡Que te vayas pa casa derechito! *(Se dirige a la primera calle de la derecha, y al llegar se vuelve y le echa un beso, haciendo mutis.)*

QUINTIN.—¡Pues mira estos idiotas! *(El novio, echando besos y andando hacia atrás, tropieza con don Quintín, que le da un empujón.)* ¡Mire usté por dónde va! *(Amenazador.)* No sé cómo no...

EL.—Usté dispense; hay cosas que ciegan. *(Vase por la izquierda. Don Quintín sube hacia el fondo. Por todas las afluentes vienen parejas de doncellas y horteras. Cantado.)*

HORTERA. No me dejes tan temprano.
No te vayas, nena mía.
DONCELLA. La señora me lo exige
y por eso tengo prisa.
HORTERA. Que no fueras más doncella,
yo quisiera conseguir.
DONCELLA. Pues ahí tienes, amor mío,
una cosa que está en ti.

HORTERA. Yo me caso,
si en traspaso
me cediera el principal
el negocio y el local,
y tendría
mercería
para hacer un capital,
aunque está el asunto mal.
DONCELLA. Si te casas
y traspasas,
yo las cuentas llevaré
y verás cómo seré
una alhaja
pa la caja,
pues cerrada la tendré,
pa que no salga el parné.
TODOS. (*Evolución.*)
Si te casas, etc.
Yo me caso, etc.

HORTERA. ¡Qué de prisa se me pasan
a tu lado los domingos!
DONCELLA. Puede que se te hagan largos
cuando seas mi marido.
HORTERA. Que no fueras más doncella,
yo quisiera conseguir.
DONCELLA. Pues ahí tienes, amor mío,
una cosa que está en ti.

(Quedan despidiéndose; se oye por el fondo derecha un rumor lejano, que va acercándose, de aplausos y vivas.)

HORTERA 1.º—(*Hablado.*) ¿Qué es eso?

HORTERA 2.º—Que traen en hombros al Manoli; el fenómeno del barrio.

HORTERA 3.º—¡Como que ha quedao por las nubes esta tarde en Tetuán! (*Fuerte en la orquesta; entran en escena amigos y amigas, público, etc. Traen en hombros al Manoli, vestido con buen traje de luces. Felisa y la madre salen de la casa y se abrazan, emocionadas.)*

PUBLICO.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo!... ¡Bien!

AMIGO 1.º—¡Que sea enhorabuena!

MADRE.—(*Llorosa de emoción.*) ¡Qué alegría tengo!

FELISA.—¡Qué contenta estoy, Manoli!

MANOLI.—Ven a mis brazos, chiquilla, que ya no rodarás más por el mundo. ¿Te acuerdas de aquella mañana en aquella casilla de aquella carretera?

FELISA.—¡Cómo olvidarlo!

MANOLI. — (*Despidiéndose del público.*) ¡Ea, vamos pa arriba! (*Llevando abrazadas a las dos.*) ¡Ay, Feli! ¡Ay, madre! ¡Qué alegría tengo! (*Entran los tres en la casa. La concurrencia le ovaciona.)*

QUINTIN.—(*Aparte, a la puerta de la taberna.*) ¡Imbécil! ¡Cochina alegría! Ya te la quitará el cuerno de un toro, so maleta. ¡Idiota!... ¡Con qué poco son felices! ¡¡Qué asco!! *(Fuerte en la orquesta; poco a poco va quedando solo don Quintín, y con los últimos compases sale Sefiní, un poco temeroso.)*

ESCENA II

DON QUINTÍN *y* SEFINÍ, *por la izquierda.*

HABLADO

SEFINI.—No le veo, don Quintín.

QUINTIN.—Ni yo; y me estoy aquí desojando. Tú no vigilas con interés, Sefiní. (*Amenazador.*)

SEFINI.—Que sí, don Quintín; se lo juro a usté por la salú de mi madre, que esté en gloria.

QUINTIN.—Entonces, es extraño que no hayamos dado con él.

SEFINI.—Pero ¿está usté seguro que el joven que vió aquel día meterse en esta calle es el de la aceituna?

QUINTIN.—¡Segurísimo! A mí qué se me va a despintar. Le vi bajar del tranvía de la Fuentecilla con la joven de aquella noche, y una niñerita con un crío en brazos. Loco de alegría, porque al fin iba a realizar mi venganza, corrí tras ellos, pero al llegar a Novedades, una maldita avalancha de gente que salía de la función, me cortó el paso. Se distanciaron; les vi torcer por esta calle. Cuando pude llegar, ya se los había tragado la tierra. ¡Maldita sea!

SEFINI.—¡Que no estaba de Dios!

QUINTIN.—Pues haga Dios lo que quiera, hoy no se me escapa. Si por aquí vive, por aquí ha de pasar. Si vino a ver a un amigo, ya volverá. De aquí no me muevo, aunque me muera. Matar a ese hombre que me afrentó, es mi única ansia, mi única ilusión. Oyelo bien, Sefiní: mi única ilusión.

SEFINI. — Pero, hombre, don Quintín, después de tanto tiempo...

QUINTIN.—Para mí no ha pasado el tiempo. Ya me has visto buscarle día por día. Yo aún estoy en aquella hora maldita. ¡Aquella humillación la tengo atravesada aquí, como un clavo de fuego! El odio me...

SEFINI.—Bueno; pero es que...

QUINTIN.—Le he de encontrar y he de matarle; no me contradigas.

SEFINI.—No, no; cálmese usté. Si yo no...

QUINTIN.—No me queda más amigo que tú. Acuérdate lo que hice con el Angelito y con el señor Laureano, porque quisieron hacerme desistir.

SEFINI.—Los amargó usté pa toa su vida.

QUINTIN.—El señor Laureano anda cojo.

SEFINI.—No pue correr más que cuando le ve a usté.

QUINTIN.—Y al Angelito le hice una brecha en la cabeza, que hay días que va a ponerse el sombrero y se le cae dentro.

SEFINI.—¡Ya, ya!

QUINTIN.—Y que no se me pongan delante, porque acabo con ellos.

SEFINI.—No tenga usté cuidao. ¡Si le huyen a usté más que a la muerte!

QUINTIN.—Hacen bien. Pero no perdamos tiempo. Ahora,

quédate tú aquí; voy a mirar por la otra calle. ¡Vigila con cien ojos! ¡Que yo encuentre a ese hombre! (*Se dirige hacia la calle de la derecha.*)

SEFINI.—Descuide usté.

QUINTIN.—(*Deteniéndose y amenazador.*) Si no doy con él esta noche, te rompo la cabeza.

SEFINI.—¡Hombre, por Dios, que yo qué culpa tengo!

QUINTIN.—Aunque no la tengas. Te la rompo, te lo juro. Tú verás lo que haces. (*Mutis, renegando.*)

ESCENA III

Sefiní.

SEFINI.—(*Exaltado, nervioso, accionando exageradamente, estrujando el sombrero y dirigiendo sus palabras hacia donde hizo el mutis don Quintín.*) Bueno; pues no, no y no; porque se necesitaría no tener entrañas, y yo las tengo. Sé donde vive el joven de la aceituna, y no te lo digo; ¡no, no y no! Uno habrá sido un granuja, pero tie sus sentimientos y no me da la gana que por causa mía le venga una perdición a un pobre chico, que tenía más razón que un santo... ¡No, no y no!... ¡Que este tío es un costal de hiel, que le hace a uno exaltarse, hombre! Desde el mes pasao averigüé que aquel joven vive ahí. (*En la casa de la izquierda.*) Y no hago más que echarle papelitos por debajo e la puerta, diciéndole que se mude o que procure guardarse del señor de la aceituna, que quie matarlo. ¡Ea, pa que lo sepas! (*Más tranquilo, reflexionando.*) Lo malo será que una noche se lo tropiece al pobre chico, y entonces sí que no respondo. ¡Pue que se lo tengan que entregar a su familia en un pulverizador! Por eso, lo que yo debía hacer pa que esa fiera no...

ESCENA IV

Sefiní *y* Señor Laureano. *Se oye el sonido de una bocina pequeña y aparece el señor Laureano por la derecha, subido en una patinette, que lleva bocina; viene con gran velocidad, tocando y mirando para atrás, con cara de terror.*

LAUREANO. — ¡Mi madre, que m'ha visto! ¡Sí, m'ha visto!

SEFINI.—¡Señor Laure!

LAUREANO.—¡Don Quintín, que viene! ¡Súbete a la trasera! (*Va a correr de nuevo para hacer mutis por la izquierda.*)

SEFINI.—(*Mirando.*) ¡No, no viene! Tranquilícese usté.

LAUREANO.—¿No? (*Tranquilizándose.*) ¡Respiro!

SEFINI.—Pero ¿es usté, señor Laure?

LAUREANO.—Le meme, que dicen en francés. Déjame limpiarme el sudor.

SEFINI.—Pero ¿usté con patinette?

LAUREANO.—Te chocará, ¿verdá?

SEFINI.—¡Hombre!... ¡A sus años!...

LAUREANO. — Pues no te choque, chico. Desde aquella agarrá que tuve con el salvaje de don Quintín, que me hizo una fractura conminuta en este pie, jurando mi esterminio, que me dije: «A mí este tío no me esterminia.» Y como quedé resentido del remo izquierdo y no puedo huir por mis medios naturales a la celeridá que se requiere, pues me he agarrao a esta patinette de mi sobrinito, le he subido la manguillera, la llevo así como al desgaire, y de que vislumbro a ese tío, encaramo en la tabla el pie lesionado. (*Izquierdo.*) Con el otro me doy gasolina y arreo a una velocidá, que tengo que pedir permiso a los Diones-Butones; no te digo más.

SEFINI.—¡Es ingenioso!

LAUREANO.—Al gachó ese hay que huirle con motor. Ahora me lo acabo de encontrar, y me ha echao una mirada...

SEFINI.—¿Que ha arreao usté?

LAUREANO.—El exprés de Irún anda a la pata coja comparao con la velocidá que he traído.

SEFINI.—Lo creo.

LAUREANO.—¿Y qué hacéis por estos andurriales?

SEFINI.—Pues na; que esa hiena está más carnicera ca vez, señor Laure.

LAUREANO.—¿Sigue en su osesión?

SEFINI.—Peor que nunca. Dice que si no mata al joven aquel, no se morirá tranquilo.

LAUREANO.—¡Qué caníbal!

SEFINI.—¡Carazteres! Desde la noche de la aceituna, que no se pue con él, señor Laure.

LAUREANO.—Pues mira, cualquiera que no lo sepa y por Navidá le regala un barrilito, ¡ha hecho las Pascuas!

SEFINI.—Ca aceituna que ve, le da un ataque. Al hombre ese que anda pregonando por las calles: «Liñás, liñás; a perra doy», ya le ha pegao dos veces.

LAUREANO.—Lo creo. Ya te acordarás que la bronca conmigo fué porque le presenté a un señor que se llamaba Oliva, y creyó que era burla.

SEFINI.—¡Un horror!

LAUREANO.—Y tú, ¿cómo le resistes?

SEFINI.—A fuerza e tila. Y porque me da un poco de lástima. ¡Le han abandonao todos! No le queda ya más amigo íntimo que yo, que no lo puedo ver. Y el «Sultán», aquel perrito lanudo. ¿Se acuerda usté?

LAUREANO.—Sí; aquel perrito, que porque una tarde, en el Retiro, le pregunté que si era de aguas, me tiró al estanque.

SEFINI.—El mismo. Pues el mejor día se le va también. Ayer le mordió.

LAUREANO.—¿Don Quintín a él?

SEFINI.—¡Pues claro!

ESCENA V

DICHOS, ANGELITO.

ANGELITO.—(*Sale por la derecha, vestido de smoking, con detalles cursis y un gabancito muy raído. Flexible de color. Viene pálido, nervioso, huyendo.*) ¡El!... ¡Me ha visto, sí!... ¡Me sigue!... ¡No, calle; se para! (*Queda mirando por el esquinazo.*) ¡A ver!

LAUREANO.—¡Atiza!... ¡Fíjate quién es!

SEFINI.—¡Angelito!

ANGELITO. — ¡Sefiní!... ¡Señor Laure!... ¡Callarse; me sigue!

SEFINI.—Pero ¿quién?

ANGELITO.—¡Don Quintín! ¡Allí!... ¡¡Viene!!

LAUREANO.—¡Ya le veo! (*Emprende la huída, sonando la bocina. Angelito le sigue.*)

SEFINI.—¡Aguarda!... ¡No viene!... ¡Se ha parao! (*Mirando.*) Respira.

ANGELITO.—(*Da un gran suspiro.*) Señores, ¡qué susto! (*Laureano vuelve; Angelito se limpia el sudor.*)

SEFINI.—Pero ven a mis brazos.

ANGELITO.—Déjame que pueda. (*Con trabajo, le abraza.*)

LAUREANO.—Tanto tiempo sin verte.

ANGELITO.—Ya..., ya os contaré. ¡Voy a tranquilizarme!

SEFINI.—Gachó. ¿Y cómo vas tan elegante?

ANGELITO.—(*Muy sonriente y satisfecho.*) Que no tengo qué comer.

LAUREANO.—(*Como alegremente sorprendido.*) ¡Hombre!

ANGELITO.—(*Más sonriente todavía.*) M'han pasao la mar de calamidades, señor Laure.

SEFINI.—¡Caray!

ANGELITO.—¡Pero con una suerte!... (*Habla siempre sonriente y satisfecho.*)

LAUREANO.—Tú siempre has sío muy afortunao.

ANGELITO.—(*Encantado.*) ¡Oh! He estao un mes en el hospital.

LAUREANO.—¡Hombre, qué bien!

ANGELITO.—¡A la muerte!

LAUREANO.—Sí, ¿eh?

ANGELITO.—Pero la monja que me cuidaba era andaluza y ¡me hacía reír más!... Y el médico, ¡un señor más bueno! Toas las tardes, diciendo: «Este hombre no sale de esta noche.» Pero ¡con una simpatía!

SEFINI.—Bueno; pero tanta felicidad, ¿a qué ha sido debida?

ANGELITO.—Pues na, chico; ya sabéis que cuando abandoné a don Quintín, de resultas de aquellos estacazos que nos dimos—él a mí—, tuve que pensar en el trabajo; y como la fortuna me persigue, a los dos días ya me habían dao un destino superior.

SEFINI.—¿Bueno?

ANGELITO.—El más descansao de Madrid.

LAUREANO.—Alcalde.

ANGELITO.—Guardar las sillas de la Castellana. No tenía que hacer más que estar to el día encima e las sillas.

SEFINI.—¡Sí que era descansao!

ANGELITO.—Pero una tarde, por detener a uno que se iba sin pagar, atravieso por donde los coches y ¡zas! (*Riendo.*) ¡M'atropella un «auto»!

LAUREANO.—¡Qué gracia!

ANGELITO.—Pero ¡con una suerte! Me rompió una pierna.

SEFINI.—No digas suerte, si te rompió una pierna.

ANGELITO.—Es que tengo dos.

LAUREANO.—Mal contadas. (*Ríe.*) ¡Qué Angelito!

ANGELITO.—(*Gozando.*) ¡Cuarenta días escayolao!

LAUREANO.—¡Qué agradable!

ANGELITO.—Y cuando aun estaba en la convalecencia (*En el colmo de la alegría.*), me dió el tifús, que fué otra suerte.

LAUREANO.—Pues que sea enhorabuena.

ANGELITO.—Sí; porque es una enfermedad que si no te mueres, engordas, y aquí me tienes, que peso ocho kilos más.

LAUREANO. — ¡Hombre, alguna contrariedad habías de tener!

SEFINI.—Bueno; pero, a to esto, aun no nos has dicho cómo vas de smokin y chaleco insuficiente.

ANGELITO.—Pues otra ganga.

LAUREANO.—Que estás en una funeraria.

ANGELITO.—Que al salir del hospital, sin recursos, me acordé que de niño fuí panderetólogo de estudiantina...

LAUREANO.—Y ties la suerte de pedir limosna en una cuadrilla de ciegos.

ANGELITO.—Y me he contratao de número sensacional en el Tabernillas-Palace. ¡Na más!

SEFINI.—¡Mi agüela! ¿Y qué haces allí?

ANGELITO.—Pues canto tangos estilo Spaventa, pero muchísimo mejor. ¡Aun más tristes! Dicen que le ecliso. Me llaman la «Lechuza de las Pampas». Ya me avisan a las casas pa las matinés, a la hora de tomar el té, que ahora ya toman tila, porque al segundo tango les he metío el corazón en la fosforera.

SEFINI.—¿Y qué ganas?

ANGELITO.—No me pagan. (*Sonriendo.*)

LAUREANO.—¡Caray, qué suerte!

ANGELITO.—Estoy contentísimo, porque el día que lo coja todo junto...

SEFINI.—Te estableces.

ANGELITO.—Pongo un bazar de melones a cala, por los rayos equis. Y a to esto, no me habéis dicho na de don Quintín. ¿Qué hace ese tío?

SEFINI.—Que está más negro cada día, Angelito, y que yo he averiguao dónde vive el joven de la aceituna, pero no se lo quiero decir. En esa casa. (*Señalando al número 7.*)

ANGELITO.—¡Atiza! ¡Pues a esa casa venía yo! ¡A ver si por coincidencia...! Porque yo sé más que tú de lo de aquellas jóvenes, Sefiní.

LAUREANO.—¿Qué sabes tú?

ANGELITO.—Muchísimo más.

SEFINI.—¿Qué sabes?

ANGELITO.—Algo que, como sea lo que me figuro, el castigo de Dios a don Quintín va a ser ejemplar. ¡Horrendo! ¡Despeluznante!

SEFINI.—¿Qué dices?
ANGELITO.—Oír y erizaros.
LAUREANO.—Cuenta, cuenta.
ANGELITO.—Anoche debutó en el Tabernillas-Palace, donde yo aztúo, una etoile nueva, que la llaman Feli, la Caminera, que por cierto tiene relaciones con ese novillerito que le dicen el Manoli, que ha quedao esta tarde, en Tetuán, como los ángeles.
LAUREANO.—Sigue.
ANGELITO.—La chiquilla gustó bastante, y cuando se acabó la función y nos íbamos a dormir to el elenco del programa, ¡ cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con que vinieron a buscar a la Feli el joven de la aceituna y la joven que le acompañaba aquella noche.
SEFINI.—¡ Repollo !
ANGELITO.—Lo que oyes. «¿Conoce usté a esa jovencita?», le pregunto, sorprendido. «Nos hemos criao como hermanas y vivimos juntas», me contestó. Y se fueron a escape.
SEFINI.—¡ Mi madre !
ANGELITO. — Yo, intrigao, como supondrás, indagué con el dueño del dancing, y supe que esta Feli es hija de un peón caminero. ¿Y tú te acuerdas?...
SEFINI.—Sí ; que la mañana que fuimos con don Quintín a la casilla de los peones buscando a su hija, se habían escapao dos muchachas. ¿Y tú sospechas?...
ANGELITO.—Lo que es natural: que una de las dos pue ser la hija de ese hombre. Y pa cerciorarme de todo, pregunté dónde vivía la Feli, y me han dicho que aquí, en el siete.
SEFINI.—¿Donde el joven?
ANGELITO.—Y venía a visitarla, cuando me tropecé con don Quintín; luego, di con vosotros, y por eso.
SEFINI.—(*Mirando hacia el portal.*) ¡ Calla, ellos !
LAUREANO.—¡ Que Dios los envía ! Interroguéales.
ANGELITO.—Voy a interroguearles. (*Se dirige hacia la puerta, por donde aparecen Felisa y el Manoli, éste ya de paisano.*) Buenas noches.

ESCENA VI

DICHOS. FELISA *y el* MANOLI, *de la casa.*

FELISA.—¡ Hola, don Angel ! (*A Manoli.*) Es el argentino de Tabernillas.

MANOLI.—¿Es usté de Buenos Aires?

ANGELITO.—De Cuatro Vientos na más. ¿Yo argentino? ¡Che, qué esperansa! ¡No me diga! ¡Tanguista no ma!

MANOLI.—Pues tanto gusto.

ANGELITO.—Hombre, ¡y que sea enhorabuena, pollo!

MANOLI.—Gracias; se estima.

LAUREANO.—Ya sabemos que ha quedao usté esta tarde, no digo como los ángeles, porque no ha ido usté por las alturas, que usté no es como los matadores de hoy, que casi todos son de aviación; pero, vamos, como los buenos.

MANOLI.—Se ha hecho lo que se ha podido.

ANGELITO.—(*A Felisa.*) Pues yo venía a hacerle a usté una visita.

FELISA.—¿A mí?

ANGELITO. — Pa hablarle sobre la pregunta que le hice anoche.

FELISA.—Usté dirá.

ANGELITO.—Na, que nos interesaba saber si la joven que fué a buscarla a usté anoche, es hermana suya.

FELISA.—No, señor; pero casi, casi, porque nos hemos criao como hermanas en una casilla de peones, porque mi padre lo es.

SEFINI.—¡Atiza!

ANGELITO.—(*A Sefini.*) Ya no hay duda.

FELISA.—(*Sorprendida.*) ¿No hay duda de qué?

ANGELITO.—Ya seremos más explícitos. Pero ¿quiere usted hacerme el favor de decirme antes...?

FELISA.—No sé por qué les interesará a ustedes mi historia; pero, en fin, si quieren saberla, vamos al dancing, que ya es la hora de empezar, y entre rato y rato yo les contaré mi vida y la de mi hermana y to lo que quieran saber de nosotras.

SEFINI.—Sí; vamos. (*Inician todos el mutis hacia la derecha.*)

MANOLI.—Pero ¿tanto les interesa?

ANGELITO.—Si es lo que me figuro, pollo, se va a descubrir aquí una novela, que las aventuras de Rocambole van a ser nimiedades de Pinocho comparás con ella.

FELISA. — Pues vamos, vamos, que me tienen intrigada. (*Vanse hablando por la derecha.*)

ESCENA VII

TERESA, PACO y EMERENCIANA, *una niñerita muy redicha, con un niño de pecho en brazos, al que trata de callar sonando un sonajero. Salen por la izquierda, vestidos de domingo. La niñera, muy pequeña y con muchos arrumacos. Al final,* DON QUINTÍN.

MUSICA

TERESA. ¡Calla, hijo mío!
PACO. ¡Cuánto jipío!
TERESA. ¡Aquí tienes a mamá!
PACO. ¡Aquí tienes a papá!
EMERENCIANA. Cuando agarra la rabieta,
no le importa nadie na.
TERESA. ¡Calla, mi cielo!
PACO. ¡Qué desconsuelo!
TERESA. No me llores, rico, no.
PACO. Ríe, hermoso, como yo.
EMERENCIANA. Cuando rabia, no se ríe
ni trayéndole a Charló.

TERESA. Pero es lo más extraño
que, aun siendo tan pequeño,
en todos sus detalles
se ve que es madrileño;
pues he notao que llora
en tiempo de chotis,
y si os calláis un poco,
veréis cómo lo oís.
(*Llora el niño.*)

No hay en todo el distrito
otro que le supere.
PACO. Porque es el más bonito
el chico de la Tere.
TERESA. Y ya, desde pequeño,
se ve que va a ser guapo.

PACO. ¡Se ve que es madrileño!
¡Se ve que es un chulapo!

TERESA. (*Cogiéndolo.*)
¡Mi chulito pinturero!
Tú has de ser la pesadilla
de las chulas de Madrí.
Cuando vayas a la Bombi,
los halagos femeninos
han de ser sólo pa ti.

PACO. (*Idem.*)
¡Aprovecha bien el tiempo,
que en la vida, como un soplo,
se te va la juventuz!
Y en el cine, no te oceques,
y no estés desprevenido
cuando vayan a dar luz.

LOS DOS. Cuando a llorar se aferra,
inútil darle coba.

EMERENCIANA. (*Cogiéndole y haciendo sonar el sonajero.*)
Y ahora ha agarrao una perra
de esas de Terranova.

HABLADO

PACO.—¡Tere de mi vida!

TERESA.—¡Paquete de mi alma!

PACO.—¿Te acuerdas de lo que yo te decía que pa Todos los Santos? (*Por el niño.*) ¡Pos ahí lo tienes!

TERESA.—(*Ruborosa.*) ¡Ya, ya!

PACO.—Claro. ¿Qué te iba a pasar?

TERESA. — Que tenía un Paquete na más, y sin darme cuenta, me he encontrao con un Paquete y un Paquetito. (*Por el niño.*)

PACO.—(*Por él.*) ¡Un paquete de sal (*Por el niño.*) y paquetito de gloria!

TERESA.—Y que entre el Paquete y el Paquetito, ya puedo decir que me habéis ocupao los brazos pa toa la vida, porque quiero llevaros siempre apretaos contra mí.

PACO.—¡Gitana!

TERESA.—¡Chalao! (*Se abrazan.*)

PACO.—¡Cómo se conoce que te has criao en una carretera! ¡Ties ca curva!

TERESA.—¡Tonto!

PACO.—¡Tengo que hacer unos virajes!

TERESA.—Calla, burro, que la chica...

EMERENCIANA.—(*Al ver que se ponen melosos, los mira con ira.*) En el barrio de Salamanca no se consentirían estas cosas. (*Mece al niño exageradamente.*)

PACO.—Ven acá. (*La atrae a sí.*)

TERESA.—Estáte quieto, que la chica...

PACO.—¡Si no ve! ¡Eso es un cuarto kilo de niñera!

TERESA.—Oye, Emerenciana.

EMERENCIANA.—Mande la señora.

TERESA.—No mezas al niño tan fuerte, que va a creese que se ha subido a un columpio.

PACO.—U que s'ha agarrao a una quisquilla en día e temporal.

EMERENCIANA.—Pues así se mecen los niños en el barrio de Salamanca.

PACO.—Pues eso no es tener niñera, hija; es tener una montaña rusa.

TERESA.—Bueno, anda; tráelo que le demos un beso, y súbetelo pa arriba, que hay relente.

EMERENCIANA. — (*Entregando el niño.*) ¡Le tien ustés más mal educao!...

PACO.—(*Acariciándolo.*) ¡Mia qué monada!

TERESA.—¡Qué ojirris más ricos! Y me mira a mí.

PACO.—No, a mí; fíjate. Adiós, salao de tu padre. Buenas noches. (*Le besa.*) ¡Huy!... ¿Has oído?

TERESA.—¿Qué?

PACO.—Que ha hecho un ruidito, que parecía que decía: «Usté descanse.»

TERESA.—Sí que he oído el ruidito; pero el que habrá descansao habrá sío él. (*Se lo da a la niñera.*)

PACO.—¡Adiós, chulazo mío!

TERESA.—¡Adiós, chavalillo de mi alma!

EMERENCIANA.—(*Haciendo mutis por la casa.*) ¡Chavalillo!... ¡No puedo con la ordinariez!... ¡¡Mi barrio de Salamanca!!... ¡¡Ay!! (*Desaparece.*)

PACO.—Oye, menudencia, no suspires, que levantas polvo.

TERESA.—No te metas con ella, que es del barrio de Salamanca. (*Imitándola.*)

PACO. — (*La coge, con brusco y cariñoso ademán.*) Ven aquí, chata mía.

TERESA.—Amos, estáte quieto, Paco, que tú no respetas ni la calle.

PACO.—¡Señor, si es que estoy en la luna de miel èn el cuarto creciente!

TERESA.—Pero considera que cuando estás en la calle, no estás en ningún cuarto.

PACO.—Bueno; ven aquí. ¿Me quieres?

TERESA.—¡Como no lo soñaba, Paco!

PACO.—¿Eres feliz?

TERESA.—¡Como ninguna! Ya te lo he dicho cien veces. No tengo más que una sombra, una maldita sombra en mi alegría. Ya lo sabes.

PACO.—¡Atiza! ¡Ya estamos con la canción de siempre!

TERESA.—No, Paco, no es la canción de siempre; es que tengo un presentimiento, un temor, una inquietud, que no me dejan.

PACO.—Pero ¿de qué?

TERESA.—¡Ay, Paco! ¿Por qué iríamos a aquel restaurán aquella noche?

PACO.—Pero, señor, ¿nosotros le hicimos daño a nadie?

TERESA.—No; pero tuviste aquella bronca con aquel hombre. ¡Aquel hombre, con aquella cara fría, con aquella mirá de puñal, que no me se olvida, que la tengo clavá aquí!

PACO.—Pero piensa, Tere, que yo lo que hice no lo hice por él; lo hice por ti. ¡Te habían dao en la cara! Si yo me aguanto, el desprecio de ellos hubiera sido cinco minutos, y a mí qué—ya no los iba a ver más—, pero contigo, no; contigo tengo que vivir toa la vida, y si te dan en la cara y no te defiendo, me hubiás despreciao pa siempre.

TERESA.—¡No digas eso!

PACO.—Sí que lo digo; que ca vez que hubieses hablao con otras mujeres y hubieses dicho, señalándome: «Mi hombre», te hubiá dao un poco de vergüenza, como cuando se dice algo que no es verdá. Y eso no es posible, Tere; que cuando a mí me lleves al lao y digas: «Mi hombre», necesito que te lo creas.

TERESA.—Sí, Paco; si ya lo sé, y figúrate si te lo agradezco; pero esos matones son muy vengativos, y aquél no te olvida.

PACO.—¡No hagas caso!

TERESA.—Ya ves los papelitos que nos echan por debajo

de la puerta. «Múdense ustedes. Tengan cuidado. El hombre de aquella noche les acecha pa matarlo. Prevéngase. No se descuide...»

PACO.—¡ Pamplinas !

TERESA.—No, Paco, no; algo habrá. Que por algo tengo yo el recuerdo de aquel hombre fijo en la memoria y le veo por toas partes y paece que me persigue.

PACO.—¡ Pero no seas idiota !

TERESA.—Y si fuera contra mí el peligro, no me importaría; pero, pensando lo que te pueda pasar a ti, no vivo ni sosiego. (*Llorosa.*)

PACO.—¡ Amos, pero serás necia! ¡ A ver si vas a llorar ahora! (*La abraza. Ella solloza.*)

QUINTIN.—(*Aparece en este momento por el fondo derecha y dice, ocultándose tras un arbolito de la plaza, mirándolos con satánica alegría.*) (¡ ¡ El ! !... ¡ Por fin!... ¡ Ya te encontré !)

TERESA.—(*Que le ve, al levantar la cabeza del hombro de su marido, da un grito de horror.*) ¡ ¡ Ah ! !

PACO.—(*Asustado.*) ¿Qué es? (*Don Quintín vuelve a desaparecer.*)

TERESA.—(*Intentando reponerse, sonríe.*) ¡ No! ¡ Nada! (¡ Es él !).

PACO.—Pero ¿qué te pasa?

TERESA.—(*Sobreponiéndose.*) No, nada; que como estoy tan nerviosa, sabes... (¡ Yo le hablo !) Pero na, tonterías; que estos nervios...

PACO.—Pero ¡ no seas necia, criatura! ¡ Pa chasco que viniera a inquietarnos a nosotros el tío aquel! Y yo no iré a buscarlo, pero si él quiere venir, déjalo, que ya nos veremos.

TERESA.—No, Paco; si son simplezas mías. Anda, súbete a casa.

PACO.—¿Y tú?

TERESA.—Yo voy ahí, en ca Cosme, a ver si me abren y compro un poco de fruta pa la cena.

PACO.—Pero ¡ estás temblando, chavala!

TERESA.—(*Sonriendo forzosamente.*) No, hombre; que no. Anda, súbete tranquilo y a ver qué ha hecho esa con el niño, que yo no tardo ni tres minutos.

PACO.—Bueno. (*Da unos pasos hacia la casa, acompañado de Teresa.*) Y si no quies, no vayas por el postre, que a mí me da lo mismo.

TERESA.—Sí, sí; que a ti te gusta cenar con él. No tardo nada.
PACO.—Hasta ahora. (*Entra en la casa.*)

ESCENA VIII

TERESA *y* DON QUINTÍN. *Luego,* PACO. *Al final,* ANGELITO, LAUREANO *y* SEFINÍ.

TERESA.—(*En la puerta de la casa. En cuanto Paco ha hecho mutis, vuelve a salir don Quintín, y viene, atravesando la plaza por el fondo, a ocupar un lugar, poco antes del esquinazo de la casa practicable.*) Yo le hablo, sí. ¡Los peligros, cara a cara! Le tengo menos miedo ahora que cuando he soñao con él. ¡Mia si acechaba!... ¡Mia si es verdá que busca a mi Paco!... Pero, anda, que antes que a él me ties que matar a mí cincuenta veces. ¡Ya verás! (*Se ciñe el mantón de crespón y avanza hacia la derecha resueltamente, en cuyo momento, don Quintín avanza para mirar, y se encuentran cara a cara.*)
QUINTIN.—(*Contrariado.*) ¿Eh? (*Retrocede un poco, disimulando.*)
TERESA.—Buenas, caballero.
QUINTIN.—¿Es a mí?
TERESA.—A usté, a usté.
QUINTIN.—Yo no la conozco a usté para nada.
TERESA.—Yo a usté, sí; que no lo olvidaré en mil años que pasen y no le he visto más que un ratito una noche.
QUINTIN.—¡Buena memoria!
TERESA.—La que pide una mala voluntá.
QUINTIN.—(*Avanzando.*) ¿Y qué quiere usté de mí?
TERESA.—Va usté a saberlo. (*Pausa. Decidida y enérgica.*) Usté viene buscando a mi marido, ¿verdá?
QUINTIN.—Si es a su marido al que busco, el encontrarme con usté no me interesa; ya lo comprenderá.
TERESA.—No comprendo nada. Usté busca a mi marido pa hacerle mal; y to el mal que va pa un hombre, se encuentra en el camino, un poco antes de llegar, a la mujer que lo quiere. Por eso viene usté a buscarle a él y se encuentra conmigo. Conque, tenga paciencia, óigame un minuto y acabamos deseguida.
QUINTIN.—Señora, yo no tengo que oír nada. Las mujeres, a remendar calcetines.

TERESA.—A remendar calcetines, pa que los hombres que tien vergüenza pisen fuerte. (*Autoritaria.*) Conque, a oírme.

QUINTIN.—Venga pronto, que tengo poca paciencia.

TERESA.—Como yo. (*Pausa.*) Mire usté, señor: si va usté con una mujer—su madre, su novia, su hija—y le dan en la cara, ¿qué hace usté? Lo que hizo mi Paco: jugarse el corazón, para que a la mujer no se le olvide que va con un hombre. Pero, luego, estas cosas pasan y se olvidan; porque mi Paco, lo que hizo contra usté no lo hizo por odio: lo hizo por vergüenza.

QUINTIN.—(*Despectivo.*) Muy bien. Cogerle a uno de sorpresa, aprovechar la ventajita y luego mandar a la señora.

TERESA.—A mí no me manda nadie. Pruebas tie usté de que a mi Paco le sobra corazón. Pero si usté vive emperrao en hacerle daño, yo le digo a usté que no se lo hace.

QUINTIN.—(*Sarcásticamente.*). ¡Ja, ja!

TERESA.—(*Enérgica y rotunda.*) No se lo hace. Yo no he tenío en el mundo más cariño que el de este hombre. Por cosas que no tengo que explicarle a usté, ni a mi madre he conocío; que yo aprendí a decir madre cuando los otros niños se lo llamaban a la suya, ya ve usté si es tristeza. Pues bien; este hombre ha sido pa mí, madre, padre, marido, hermano, ¡to! No he tenido cariño ni alegría hasta que le conocí a él. ¡Su vida es mi vida! Figúrese usté las puñalás que me tie usté que dar a mí antes de llegarle a él al corazón.

QUINTIN.—Yo no vengo a pelear con una mujer.

TERESA.—Ni yo con usté. (*Conmovida.*) Y ya ve usté: con tanta inquietud como usté me ha dao, con tanto odio como usté nos tiene, yo no sé por qué me da pena lo que vengo a decirle. Que se vaya lejos de nosotros. Que se vaya para siempre, donde no le veamos ni le temblemos. Porque usté se ha metío en nuestro camino, no nosotros en el suyo; conque usté es el que tie que irse y dejarnos que vivamos contentos, que nosotros no tenemos odio a nadie. Y si usté lo tiene, váyase con él; que el que lleva ese veneno en el alma, ya va bien castigao.

PACO.—(*Aparece en el portal, y al verlos, queda aterrado y sorprendido.*) ¡¡Eh!! (*Se contiene para oír.*)

QUINTIN.—(*Burlón.*) ¿Y para decirme todo eso le ha mandado a usté el cobarde de su marido?

PACO.—(*Avanza con noble bravura, interponiéndose entre ambos.*) Oiga usté, amigo: yo a las mujeres las mando a cuidar gallinas, no a darles conversación.

TERESA.—(*Aterrada, se abraza a su marido.*) ¡Paco, por Dios!

QUINTIN.—Esto ya me gusta.

PACO.—(*Rechazando a Teresa.*) Pues si ha encontrao cosa de su gusto, yo no he de quitárselo, y como le hice a usté que se tragara aquella aceituna, le haré tragarse un barril con aros y todo.

TERESA.—¡Paco, por Dios!

PACO.—¡Tú te callas!

QUINTIN.—¡Así me gustan los valientes!

PACO.—Na de valientes. Yo soy un hombre na más. Pero un hombre que toma las cosas como vienen. Y lo mismo casco avellanas en una verbena, que nueces de matón en un descampado.

QUINTIN.—Pues poquitas voces, y andando.

PACO.—Vamos.

TERESA.—(*Sujetándolo.*) ¡No, Paco; no! ¡Socorro!

PACO.—(*Forcejeando.*) ¡Suelta!

QUINTIN.—¡Cobarde!... ¡Se tapa con una mujer!

PACO.—¡Quita! (*Empujándola violentamente.*) Que ya oyes lo que dice.

TERESA.—(*Desesperada.*) ¡Socorro!... ¡Guardias!

QUINTIN.—Por lo pronto, le voy a dar en la cara.

PACO.—Atrévase usté. (*Saca un arma. Don Quintín va a acometerle, mientras Paco forcejea por desasirse de Teresa, y en este momento se encuentra sujeto por Angelito, Laureano y Sefiní, que han salido súbitamente por la derecha.*)

ANGELITO.—¡No, don Quintín!... ¡Quieto!... ¡No toque usté a ese hombre!

QUINTIN.—(*Hecho un demonio.*) ¡Soltadme!

SEFINI.—¡Nunca! ¡No toque usté a ese hombre!

QUINTIN.—¡Soltadme! ¡Cobarde!... ¡No me sujetéis!... ¡Quiero matarlo!

LAUREANO.—¡Quieto! (*Forcejeando, pasa el grupo a la izquierda.*)

ANGELITO.—(*A Teresa y a Paco.*) ¡Váyanse ustedes!

TERESA.—¡Paco! ¡Paco! (*Forcejeando con él, consigue llevarlo, pasando por delante de los otros, hacia la calle de la derecha. Al llegar, sin soltar a Paco, maldice a don Quintín.*) ¡Maldita sea su alma negra!... ¡Maldita su vida, vida mala!... ¡Maldito sea usté, que viene a robarme el bien! ¡Malditas todas sus horas! (*Forcejeando por llevarse a Paco y maldiciendo, hacen mutis por la derecha.*)

QUINTIN.—(*Forcejeando.*) ¡Dejadme!... ¡Soltadme, infames! (*Logra desasirse, quedando a la derecha del grupo que formaban los otros tres.*) ¿Por qué me habéis sujetado, canallas? ¿Por qué?

ANGELITO.—Pues sépalo usté ya. Porque esa joven que huye de usté horrorizada; porque esa joven que se va echándole a usté maldiciones, ¡es... su hija!

QUINTIN.—(*Horrorizado, con estupor.*) ¡¡Eh!!

LOS TRES.—Su hija, sí.

QUINTIN.—¿Qué decís?

ANGELITO.—¡Esa es la obra de su vida! Quien siembra odios, recoge maldiciones. Quédese usté solo. (*Vanse corriendo por la izquierda.*)

QUINTIN.—Pero ¡mi hija!... ¡Dices que es mi hija!... ¡Escucha! ¡Decidme!... (*Tambaleándose, corre tras ellos.*) ¡Por Dios!... (*Telón rápido, de cuadro.*)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle de los barrios bajos de Madrid. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Pasan de prisa ANGELITO, LAUREANO *y* SEFINÍ, *de derecha a izquierda. Luego,* DON QUINTÍN.

ANGELITO.—¡Correr! ¡Dejarlo que se quede solo! (*Mutis.*)

LAUREANO. — (*Con Sefiní.*) ¡Mi madre! ¡Cómo castiga Dios! ¡Ha estao a punto de asesinar al marido de su hija!

SEFINI.—Yo tampoco quiero ya na con él, que si averigua que los puse sobre aviso, me escalabra. ¡Que pague él solo el daño que ha hecho! Amonos. (*Vanse rápidos. A poco sale don Quintín, jadeante, descompuesto, implorando.*)

QUINTIN.—¡Por Dios, no me huyáis! Decidme, ¿por qué sabéis que es mi hija? ¿Quién os ha dicho que es mi hija? ¡Buscadla!... ¡Traédmela!... ¡Quiero verla!... ¡Por compasión, deteneos! ¡Huyen!... ¡Huyen de mí cobardemente!... Yo no puedo seguir... ¡Me ahogo! ¡Miserables!... Ya no les veo; me dejan solo. ¡Solo!... Pero solo, con esta duda cruel que se me ha clavado en el corazón como una garra implacable. ¿Será mi hija, Dios mío? ¿Será mi propia hija esa desventurada criatura a la que quise hacer daño tan tremendo? ¡Ay, Dios! Me horroriza el pensarlo y el imaginar que tan espantosa desventura hubiera sido la consecuencia de mi propia vida; de una vida sin fe, sin amor, sin alegría. ¡Porque yo no creí en nadie ni quise a nadie!... Por mi camino no dejé más que huellas de odio, de burla, de desprecio. Y al fin, mi propia hija me maldice..., ¡mis amigos me huyen! ¡Todos me abandonan, todos! ¡Me dejan solo! ¡Solo! (*Llora, abatido.*)

ESCENA II

DON QUINTÍN, *una* NIÑA, *de diez a doce años, con una botella en la mano, por la derecha.*

MUSICA. PIANISIMO EN LA ORQUESTA

NIÑA.—(*Acercándose con curiosidad.*) ¿Qué le pasa a usté?

QUINTIN.—Nada, hija; nada.

NIÑA.—¿Se ha puesto usté malo?

QUINTIN.—No, gracias, hija; no estoy malo.

NIÑA.—Como le veía a usté llorar, así, en la calle, y tan solo...

QUINTIN.—¡Solo! Eso sí, hija mía; estoy muy solo.

NIÑA.—¿No tiene usté a nadie?

QUINTIN.—No tengo a nadie. (*Llora.*)

NIÑA.—¡Pobre señor!... ¡Qué pena!... ¿Quiere usté venir a mi casa? Somos mi madre y yo solitas; venga usté conmigo, y si mi madre quiere, le cuidaremos hasta que se ponga bueno.

QUINTIN.—¡Gracias, hija; gracias!

NIÑA. — (*Ofreciéndole su hombro.*) Apóyese usté en mí; vamos.

QUINTIN.—Y tú, ¿por qué me compadeces?

NIÑA.—Porque le veo a usté llorar, y dice mi mamá que todo el que llora es bueno.
QUINTIN.—Pues yo no lo he sido, hija mía.
NIÑA.—Pero lo empezará usté a ser ahora, no se apure; ya verá usté. (*Acariciándole.*) Lo empezará usté a ser ahora.
QUINTIN.—(*Rompiendo a llorar.*) ¡Hija mía! (*La besa. Fuerte en la orquesta. Telón lento.*)

MUSICA Y MUTACION

CUADRO TERCERO

Interior del Tabernillas-Palace, un dancing de los barrios bajos. Muy iluminado. Decorado con un modernismo un poco extravagante. En el ángulo derecho del fondo, la puerta de entrada al salón; hacia el interior sigue un pasillo que figura dar a la puerta de la calle. Todo el fondo izquierda, ventanal corrido y practicables. En primer término derecha, una puerta de entrada a departamentos reservados, y que se supone comunica por el pasillo con el ambigú. A continuación, mostrador del mismo, cuyas anaquelerías se ven. En segundo término izquierda, tarima para el jazz-band y dos o tres músicos de frac encarnado. A continuación de la misma, puerta que da a los camerinos de artistas. Mesas repartidas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena está llena de público. Varias señoritas bailan el fox, que simula tocar el jazz-band y sus compañeros. En la mesa del centro, SEÑÁ SINFO, LA TARARA, *una* MUJER *joven y el* SEÑOR LEONCIO. *Dos camareros, de smoking, sirven a las mesas. Al terminar el número, las que bailan se sientan y los músicos vanse por la puertecilla.*

SINFO.—¡Amos, no me digas! A mí estas músicas y estos bailes de ahora es que me estomagan, ea.
LEONCIO.—¿No te gusta la marimba guatemalateca?
SINFO.—¿Guatemala qué?

MUJER.—¿Ni le gusta a usté la música del jaijaiban?
SINFO.—Pero ¿cuándo se ha llamao música a golpear cacharros, hombre? ¡Si eso es una murga loca!
LEONCIO.—Es una moda nuevayorquina.
SINFO. — Pues en mis tiempos no había jajaybanques de estos, ni se bailaban simis, foses ni tuéstenes; pero sonaba en un organillo un chotis castizo, bajo un emparrao de la Bombi, te agarrabas al novio, y durante quince minutos no se le notaba a la pareja más que una ligera ondulación, to ejecutao encima de un ladrillo. ¿Dónde había mejor tuesten?
LEONCIO.—De muchos chotises de esos ha salío un servidor echando humo.
SINFO.—¡Y con hollín! ¡A ver! Amos, hombre. ¡Si ahora to está que pringa de cursi! Como alterar los nombres de las cosas. Este local toa la vida s'ha llamao la tasca e Melanio. Pues ahora l'han puesto el Tabernillas-Palace, que es como si a mí, que me llamo Sinfo, la Tarara, me pusieran de pronto Mimí, la Tímida. ¡Pa tirarse al canalillo de risa!
LEONCIO.—Bueno, ¿quies tomar un coquetel?
SINFO.—¡Amos, quita, manús! A mí que me den una limpia de Monóvar, pero en español. A mí no me se sube a la cabeza na en inglés.
MUJER.—Que no está usté en el pogreso.
SINFO.—Estoy dos calles más abajo; mia tú ésta. ¡Como los camareritos! El Caneco y el Botitas. ¡Mia qué monos! Toa la vida los he conocío de medidores, en mangas de camisa, con el paño al hombro. ¡Pues ahí los ties a los hijos de mi alma, vestidos de esmokis! ¡Amos, es que fríe la sangre! ¿No es pa empezar a bofetás hasta quitarles los mokis?
MUJER.—¡Pero, señora!... ¡Mia que no gustarle a esta mujer que le sirvan con elegancia!
SINFO.—Pero, hija, pa tomar una torrija y un quince, me lo dan en camiseta y me sobra. Como el vestir de las mocitas de ahora. Mia esas niñas de esa mesa. (*La de la derecha.*) Las hijas de Pepa, la Chana. Su madre, vendiendo rabanitos, y ellas, peinás a lo garsone. Ya, pa lo que les falta, que se dejen el bigote y que pidan pa Melilla.
MUJER.—¿Tampoco le gusta a usté el vestir d'ahora?
SINFO.—¡Ni por soñación! Si toas las mujeres paecen palitroques, que las ves y dices: «Pos como tengan un hijo, lo van a tener que criar por teléfono.»
MUJER.—¡Pos mia que antes, en sus tiempos de usté, con corsés altos y polisones, que llevaban ustés más bultos que una carretilla de estación!

SINFO.—Y ahora, ¿qué lleváis? Pos una faldita corta y estrecha, que os subís al tranvía y se os ve hasta dónde vais. ¿Y por dentro? Talmente desnudas. La que más, su combinacioncita, y la mayoría, un simple culote.

LEONCIO.—Mujer, en el vestir de ahora, cuala más..., cuala menos, toas habéis entrao.

SINFO.—¡Yo, no!

LEONCIO.—¡Tú, sí!

SINFO.—¡Yo, no!... ¿Uso yo culote?

LEONCIO.—Mujer, te diré; yo lo iznoro; pero, vamos... Yo lo que te digo, Sinfo, es que pa mí, lo que ha estao siempre de moda es ser guapa. Porque, pa mí, las mujeres, como el dinero; a mí dame cinco duros, y lo mismo me da que los des con la derecha que con la izquierda.

MUJER.—Pampirolao, y na más. (*Llaman, pagan y vanse a la calle. Los camareros recogen el servicio y quitan mesa y sillas, que colocan al lado de la tarima, en el fondo.*)

ESCENA II

DICHOS, *menos* SINFO, MUJER 1.ª *y* LEONCIO. *Entran de la calle* TERESA, FELISA, PACO, ANGELITO, LAUREANO, SEFINÍ *y el* MANOLI. *Van a ocupar el velador de la izquierda.*

TERESA.—(*Muy agitada, igual que Paco. Tratan de calmarlos.*) ¡Ay, no!... ¡Por Dios, no decírmelo, que me pongo muy mala!

ANGELITO.—Sosiégate, mujer.

PACO.—¡Es que la cosa ha sío espantosisma!

ANGELITO.—¡Pero cálmate, Paco; cálmate!

PACO.—Pero ¿cómo quie usté que me calme, si después de un disgusto tan terrible m'ha dao usté como un veneno?

TERESA.—¡Ay!... ¡Yo me muero! (*Sentándose.*)

FELISA.—Darles agua.

PACO.—Anda, mujer, bebe. (*Les dan agua.*)

LAUREANO.—(*A Paco.*) Oye, no tiembles, que salpicas.

TERESA.—(*Después de beber.*) ¡Yo no sé qué me pasa!

MANOLI.—Que les hagan tila a los dos.

PACO.—No, que yo estoy demasiado nervioso.

ANGELITO.—Entonces, jamón con tomate, que eso calma mucho.

TERESA.—Amos, pero si no lo quiero pensar. ¡Si sería tremendismo!

FELISA.—Pues vete haciendo a ello, Tere; porque si es como lo cuenta aquí, don Angel, ese señor es tu padre, que no te quepa duda.
TERESA.—¡Virgen santa! ¡Ese hombre, mi padre, con lo que ha estao a punto de pasar!
SEFINI.—¡Luego dicen que si el cine y las novelas!
PACO.—¡Qué más novela que haber estao a un dedo de perforar a mi suegro, iznorando que fuese el padre de la madre de mi hijo, que de poco se queda sin agüelo!
LAUREANO.—¡Eso, pa la novela Bleu, hombre!
TERESA.—¿Y ustedes tienen la seguridá?
ANGELITO.—Como que fuimos con él a la casilla a buscarte el día que os habíais escapao.
PACO.—¿Y dónde han dejao ustés a ese señor?
SEFINI.—Pues en la calle dando alaridos desde que se ha enterao que ésta es su hija.
TERESA.—(*Levantándose rápida.*) Yo me voy a buscarle.
LAUREANO.—(*Deteniéndola.*) ¡No, por Dios!
ANGELITO.—(*Idem.*) De ninguna manera.
TERESA.—Sí, que quiero verlo.
ANGELITO.—(*Obligándola a sentarse.*) No seas súpita, que lo mejor es dejar que se calme.
SEFINI.—Tú no conoces su genio.
PACO.—¡Tiene un pronto!...
LAUREANO.—¡Cómo pronto!... ¡Que te pega una bofetá dos días antes de ofenderlo; mia si es pronto!
MANOLI.—Entonces, de no disponer de un tanque blindao, yo opino que lo mejor es dejar que pase la noche.
ANGELITO.—Muy sensato. Y ahora, calmarse todos (*Viendo que los músicos ocupan sus puestos.*), que voy a hacer mi número, que ya es hora.
PACO.—Eso; y de que usté acabe, trataremos de la mejor forma de conllevar el asunto. Y mientras, tomas tila.
ANGELITO.—(*A Sefiní.*) Oye, no estaría de más que se avisara al de la puerta, pa que si viene don Quintín, no le dejen pasar, no me vaya a deteriorar el tango.
FELISA.—¿Y será posible que no le dejen pasar?
ANGELITO.—Sí, mujer; ¿no ves que dice en la puerta «Reservé le droit d'admision»?
MANOLI.—¿Y qué quiere decir eso?
LAUREANO.—Que no tiene droit más que el que quiere el amo.
ANGELITO.—Yo lo hago porque estreno letra y no quie-

ro cantar sobresaltao; que yo, cuando me sobresalto, no matizo, y el maestro quiere que matice. (*Entra por la izquierda, a quitarse gabán y sombrero.*)

LAUREANO.—Pues como venga don Quintín, ya verá el maestro.

SEFINI.—Van a correr hasta las cornucopias.

LAUREANO.—Voy a avisar que no le dejen zambullirse. (*Va a la puerta de la calle, da la orden y vuelve. Se sientan todos.*)

JAZZ.—(*Viendo salir a Angelito, que ocupa el centro de la escena.*) Tercer número. Tangos argentinos por el natural del país don Angel de Amor y García. Se espera de la cultura del público que no le arrojen residuos de consumación hasta que haya acabao el número.

ANGELITO.—Maestro, «Mozo, traime un veneno». Tango triste. (*Dirigiéndose al sitio desde donde se pueda dar en el teatro.*) Foco. (*Lo dan.*)

MUSICA

Chinito soy;
de las farras la alegría yo fuí
y a guapiar
los gaviones aprendían de mí.
Linda no ma,
una china me llamó la atensión,
y la pobre, al fin mujer,
no se supo contener
y me dió su corasón.
Pero hubo un taita milonguero,
rey del bailongo y patotero,
que con las artes de traidor,
le pintó su falso amor
a la china que yo quiero.
Con los instintos de una fiera
le ofrece hacerla milonguera,
y sin notar su mala fe,
con aquel taita se fué
al maldito cabaré.

Yo en las farras fuí
el comparito que más triunfos logró,

y hoy no queda en mí
más que el recuerdo del placer que murió.
En el cabaré
tanguea la que tanto me hiso penar.
Ya no la veré,
pues la consumación no quiero pagar.

Moso, por Dios,
dame un tóxico que me haga olvidar;
traime un vermú
y aseitunas de esas sin aliñar.
Quiero morir,
y la china ingrata que me olvidó,
su desdén ha de llorar,
porque no podrá olvidar
que a su chino abandonó.

Sé que olvidando ya su rango,
con frenesí se entrega al tango,
y bebe menta y pipermín,
viendo próximo su fin,
porque está hundida en el fango.
Buscando un tóxico inclemente,
toma magnesia efervescente,
porque es morir su solo afán,
y morfina, ya sabrán:
sin reseta, no la dan.

TODOS. (*Concurrentes.*)
En las farras fué,
etc., etc.

HABLADO

TODOS.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo!... ¡Bravo!...

ANGELITO. — (*Mientras saluda, sonriente, dirigiéndose a Laureano.*) (¡Cuidao con la puerta!)

TODOS.—¡Otro!... ¡Otro!...

ANGELITO.—(*Dirigiéndose a Sefiní.*) (¡Avísame si aparece!) (*Se empieza a oír en la puerta de la calle un rumor; luego, voces. Se agolpa alguna gente. Crecen las voces.*)

UNO.—¿Qué pasa?
OTRO.—Un señor que quiere entrar y no le dejan. (*Crece el escándalo.*)
QUINTIN.—(*Dentro.*) ¡Que paso!
VOZ.—¡Que no!
QUINTIN.—¡Que sí! (*Barullo.*)
ANGELITO.—¡Mi madre; tu padre! (*Suenan dos tiros; la gente, aterrada, huye en todas direcciones; algunos saltan por las ventanas a la calle; se arma un cisco horrible en el dancing.*)
LAUREANO.—¡Ya está ahí ese tigre! (*Se esconde bajo la mesa de la derecha.*)
SEFINI.—¡Sálvese el que pueda, que viene haciendo fuego! (*Se esconde tras el bombo del jazz-band. Angelito huye por la primera derecha. Todos desaparecen; en el café no queda nadie. Sólo se conservan en pie, aunque emocionados, Teresa y Paco, ante don Quintín, que entra violentamente.*)

ESCENA FINAL

DICHOS y DON QUINTÍN. *Al final,* EMERENCIANA.

QUINTIN.—¡Teresa!... ¡Hija mía! Porque tú te llamas Teresa, ¿verdad?
TERESA.—Teresa me llamo.
QUINTIN.—¡No, no tengas miedo!... ¡No me huyas tú, por Dios!...
TERESA.—Ya ve usté que no le huyo.
QUINTIN.—He tenido que promover este último escándalo para llegar hasta ti. Ha sido como un castigo de mi vida. ¡Hasta para llegar a lo único que quiero, he tenido que llegar atropellándolo todo!
PACO.—Usté se lo ha buscao; que to el mundo huye de lo que teme.
QUINTIN.—¡Tarde lo he visto! Y ahora, decidme: ¿tú te criaste en una casilla de peones camineros?
TERESA.—Allí me he criao, pasando por hija del señor Nicasio.
PACO.—De allí la saqué yo.
QUINTIN.—Sí, sí; eres tú. ¡Mi hija!... ¡Mi hija de mi alma! Perdóname, hija mía; dame un abrazo.
TERESA. — (*Deteniéndole.*) Antes, contésteme usté a una pregunta. ¿Por qué abandonó usté a mi madre?
QUINTIN.—(*Abrumado, vacilante.*) Por... No sé por qué.

(*Con noble resolución.*) Es decir, sí lo sé: porque no creí en su amor; porque dudé de su lealtad. Como yo nunca supe amar, nunca creí en el amor de nadie. La amargura de mi vida ha sido no creer más que en la traición de todos, en la maldad de todos.

PACO.—Ahora comprendo que le llamen a usté el «Amargao», porque a mí me parece que hay que ser al revés; hay que creer que todos le quieren, y alguna vez se acierta, como pongo por caso.

TERESA.—¡Pobre madre! En fin, quiérame usté a mí to lo que no la quiso a ella, y así le pagará usté algo de lo que le dejó a deber.

QUINTIN.—Y por lo que se refiere a tu abandono...

TERESA.—Conmigo no tiene usté que disculparse; venga usté a mis brazos y nada más. (*Le tiende los brazos, llorando.*)

QUINTIN. — (*Llorando también.*) ¡Hija de mi alma! (*Se abrazan.*)

PACO.—(*Limpiándose las lágrimas.*) ¡La panocha!

ANGELITO.—(*Asoma por encima del mostrador del ambigú.*) ¡Eso es una mujer y no la porquería que tiene uno en casa!

SEFINI.—(*Asomando desde su escondite.*) ¡Y haberse perdido un cariño así!

LAUREANO.—(*Desde debajo de la mesa.*) ¡So primache!

TERESA.—Y ahora, abrace usté a este hombre, que es lo que más quiero. (*Por Paco.*)

QUINTIN.—¿No me guardas rencor?

PACO.—¡Yo qué le voy a usté a guardar! He nacío en Madrí, hombre. (*Se abrazan estrechamente.*) Por la parte de fuera el chaleco pue que no encuentre usté na; pero por dentro, ¡oro puro!

TERESA.—¿Y se enmendará usté pa siempre?

QUINTIN.—Pa que veas si me he convertido; si quiero ser humilde... (*Llamándole.*) Señor Laureano, a usté que le dejé medio cojo, hágame usté lo que quiera.

LAUREANO. — (*Avanzando poco a poco, envalentonado.*) Hombre, sí. Nunca he sido rencoroso, pero en esta ocasión, como usté me lesionó la pata izquierda, ojo por ojo y diente..., digo, pata por pata. Le voy a... (*Levanta el pie para sacudirle, pero se arrepiente.*) Me falta valor. ¡Que soy madrileño yo también; na más! (*Le abraza.*)

SEFINI.—(*Que se ha ido aproximando.*) La suerte es que ha dao usté con tres nacíos en la Cabecera el Rastro.

LAUREANO.—Si llego a nacer en Guadalajara, se va ustè a casa con una espuerta e chichones.

ANGELITO.—(*Por la primera derecha.*) ¡Pero qué suerte, don Quintín! Usté toa la vida haciendo mal y ahora tos a perdonarle.

QUINTIN.—Es que ahora creo que mi castigo ha sido mi propia vida, Angelito. ¿Quieres más castigo que haber vivido privado del amor de mi hija?

ANGELITO.—No es bastante.

QUINTIN.—¿Que no?

ANGELITO.—A usté hay que hacerle lo que hizo este joven con la aceituna; una humillación así. ¡Y se la voy a hacer yo!

QUINTIN.—Ya te guardarás muy bien.

ANGELITO.—¿Que me guardaré? Espere usté un momento. (*Va a la puerta de la derecha y sale con el niño de Teresa en brazos, seguido de Emerenciana.*) ¡Cómase usté eso! ¡Cómaselo... a besos!

QUINTIN.—¿Tu hijo?

TERESA.—Mi hijo.

ANGELITO.—O se lo come usté o me lo como yo, porque es más rico...

QUINTIN.—Tráelo, Angelito. (*Lo coge.*) ¡Qué precioso!... ¡Qué ángel!

PACO.—Mi retrato.

ANGELITO.—Por la espalda; de frente es su madre.

QUINTIN.—¡Cómo le voy a querer!

TERESA.—¡Ya somos tres a ello!

QUINTIN.—(*Separando el niño y mirándose el pantalón.*) ¡Ay!

TERESA.—¿Qué es?

QUINTIN.—(*Dándole el niño a Angelito y sacudiéndose con el pañuelo.*) Nada, nada.

PACO.—¡Pues sí que respetas al agüelo!

ANGELITO. — ¡No somos nadie, don Quintín! Ya lo ve usté. Toa la vida presumiendo de valientes, y al final viene un rorro y se desagua en nosotros.

LAUREANO.—La vida es na.

TERESA.—Diga usté que no, padre. La vida es mucho; porque la vida es dolor y sacrificio, pero tiene un premio: la alegría de querer y la de perdonar. (*Abraza a su padre y a su marido. Cuadro. Música en la orquesta. Telón.*)

FIN DEL SAINETE



"ARBA"
CICERON, 16
MADRID